



BOLSILIBROS

EASA

TERROR

TODO EL HORROR DEL INFIERNO

Kellton
McIntire

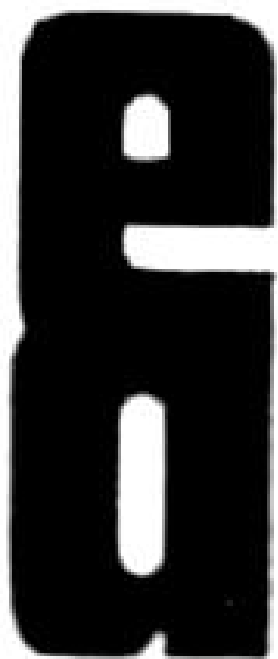


THE ROOM



©
KELLTON
McINTIRE
Derechos
reservados por:
EDITORIAL
ANDINA, S.A.
Polígono
Industrial de
Pinto
PINTO
(Madrid)
Director
responsable:
Gregorio
Ovejero
Publicación
semanal
Aparece
los viernes
ISBN
84-06-01630-2
Depósito
legal: 00.000 –
1978

Printed in
Spain
LITOPRINT,
S.A.
Villafranca
del Bierzo, 32
Fuenlabrada
(MADRID)



EDITORIAL
ANDINA, S.A.

**TODO EL HORROR
DEL INFIERNO**

**Kellton
McIntire**

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia

CAPITULO 01

E

L Gran Comendador había señalado con su poderosa mano a Dolly Andrews.

—Hermanos —se dirigió a los treinta encapuchados que se sentaban a la mesa en forma de cruz—. Hemos de dirigir nuestra ira contra Dolly Andrews, de diecisiete años, empleada en la empresa *Gowell International*. Su culpa está comprobada: ejerce clandestinamente la prostitución, induce a multitud de honrados padres de familia al pecado, propaga la lascivia, favorece la indolencia...

La voz del Gran Comendador se había ido volviendo más y más airada. Se diría que sus labios escupían las vibrantes frases.

—Siguiendo, pues, los designios del consejo, he aquí nuestra sentencia: Dolly Andrews será detenida, procesada, castigada... de forma ejemplar. Que su muerte sirva de ejemplo a los miles de jovencitas que con su ligereza ofenden a nuestro Señor, al que servimos por encima de todas las cosas.

La asamblea se celebraba en el insonorizado sótano de un club de campo privado.

Arriba, en las alegres pistas verdes, se celebraba algo muy distinto: una competición para potros de dos años.

En el sótano —un auténtico blocao de gruesas paredes de hormigón— los componentes de la orden del Castigo Divino, contenían el aliento en espera de que el Gran Comendador designase a los hermanos que debían llevar a cabo la «detención» de la infeliz Dolly Andrews.

Sobre la mesa, una gran lámpara que expandía una fosforescencia rojiza sobre las siluetas escarlata de los reunidos.

—Hermanos Dorkus, Helius, Bracius... —tronó la voz del obeso Gran Comendador—. A los tres os cabe el inmenso orgullo de llevar a cabo la captura de Dolly Andrews, a la cual trasladaréis ante esta asamblea que se reunirá... el próximo sábado a las doce de la noche.

El enmascarado Bracius se puso en pie.

—¿Bracius? —la voz del Gran Comendador sonaba con un timbre de impaciencia.

—Señor, yo...

—Lo sé, lo sé, hermano Bracius. Te sientes emocionado ante la gran dignidad que significa ser nombrado, por primera vez, brazo

ejecutor del Castigo Divino. Reflexiona sobre ello y considera que te cabe el gran honor de servir a esta orden. Tus hermanos Dorkus y Helius, que poseen gran experiencia, te asesorarán, guiarán y protegerán.

Hizo una leve pausa. El nervioso Bracius intentó elevar la mano para decir algo, pero el Gran Comendador ignoró su gesto, y llamó la atención de todos con voz tonante.

—Y ahora, hermanos, antes de que la academia se disuelva, concentremos nuestros espíritus para la oración. Oremos porque la justicia triunfe sobre la iniquidad, imploremos al Altísimo para que todo pecado sea barrido con fuego celestial de la faz de la tierra.

Bracius tembló.

Conocía el alcance de su misión. Sabía que tendría que utilizar la violencia, castigar. Y luego, matar...

Pero ya todos los «hermanos» hundían sus rostros entre las manos en actitud de intenso y profundo recogimiento.

Bracius no podía orar.

La congoja que experimentaba se lo impedía. También él hundió el rostro entre las manos, pero su pensamiento voló lejos de la asamblea,

Dolly Andrews, apenas una chiquilla... Y él tendría que arrastrarla, golpearla, sacrificarla...

Un escalofrío de horror recorrió su epidermis.

—¿Por qué, por qué? —pensó, dominado por una terrible angustia—. ¡Castigo Divino! Dios se basta y se sobra para premiar o castigar... ¿Por qué tenemos que erigirnos nosotros en su brazo ejecutor?

Había sido un estúpido, un fanático, al comprometerse con la diabólica orden del Castigo Divino.

¿Qué le había impulsado a ello, exactamente?

—El hastío —se respondió a sí mismo—. El cansancio, el aburrimiento más intenso. Tal vez, el ansia desordenada de encontrar emociones nuevas.

Su padre era el dueño de numerosos y saneados negocios en la ciudad de San Francisco. Bracius había hecho siempre su voluntad, sin que su madre, demasiado indolente para ocuparse de su educación, ni su padre, absorbido siempre por sus negocios, se opusieran jamás a sus caprichos.

A los veinticinco años, Bracius había vivido todas las experiencias que animan la existencia de un hombre joven: mujeres, viajes, juego, carísimos automóviles, caballos de carrera...

Hasta que se dio cuenta de que todo ello le aburría soberanamente.

Fue precisamente en el club de campo donde recibió la primera

posición.

Partió de Gordon Dims, un joven de poco más de treinta años, elegante, rubio, hijo del propietario de la cadena Dims de restaurantes.

Gordon encontró a Bracius en la «pelousse». Pretendía que juntos apostaran un par de miles de dólares a favor de «Big Male», uno de los caballos de Bracius.

—No me interesa —respondió éste, con desgana.

—¿Aburrido? —comentó Gordon con una sonrisita.

—Hasta el límite. Sólo se me ocurre bostezar.

Gordon se sentó junto a él y le observó con fijeza.

—También yo me aburría soberanamente —confesó en voz baja —. Hasta que ingresé en la orden del Divino Castigo.

Bracius enarcó una ceja. Naturalmente, Bracius sólo era el nombre que recibió como hermano de la orden.

—¿Castigo Divino? ¿Qué diablos es eso? —preguntó.

—Veo que sientes interés. Yo podría presentarte al gran Comendador.

—¿Quieres explicarte de una maldita vez? —exclamó Bracius, impaciente.

—No puedo hablarte claro hasta... que estés comprometido. Compréndelo: se trata de una secta que opera en la clandestinidad. Debemos tomar toda clase de precauciones. Para que puedas hacerte una idea te diré que yo no conozco más que a un «hermano» de la orden: el que me presentó. Todos los demás ignoran la personalidad e incluso el rostro de los demás, puesto que acudimos a las asambleas cubiertos por túnicas escarlatas.

El interés de Bracius iba en aumento.

—Has hablado de un compromiso... ¿a qué te refieres exactamente? —quiso saber.

—Es preciso superar una «prueba». Después pasarás a gozar de todos los privilegios que lleva consigo ser «hermano» de la orden —le explicó Dims.

Una extraña excitación se apoderó de Bracius.

Lo que le proponía Gordon Dims prometía ser divertido, excitante. Al menos, todo parecía rodeado de secreto y misterio.

¿Por qué no aceptar la propuesta de su amigo Dims?

—¿Qué debo hacer? —se decidió.

—Acude a este mismo lugar el próximo sábado. Yo te llevaré ante el Gran Comendador, quien deberá decidir tu admisión o repulsa y, además, fijar la prueba a superar —indicó Dims.

Bracius había esperado con impaciencia la llegada del sábado. A las ocho de la noche, llegó Gordon Dims a bordo de su carísimo coche deportivo europeo.

—Sube —le invitó.

Bracius obedeció.

Gordon sacó de su bolsillo un pañuelo oscuro.

—Debo vendarte los ojos, amigo mío. Una simple precaución para que ignores, por ahora, el lugar donde celebramos nuestras asambleas y ceremonias.

—Bien.

Tapados los ojos, el motor del automóvil zumbó y se puso en marcha.

Gordon Dims describió una vuelta de poco más de tres kilómetros y... volvió al club de campo. A través de una puertecita disimulada en un espeso bosquecillo, Gordon guio a Bracius hasta el sótano, donde le libró del pañuelo.

Bracius quedó profundamente impresionado al contemplar la inmensa estancia. Terciopelo rojo en las paredes, mármol rojo en el piso, muebles lacados en escarlata...

Todo era rojo allí. Rojo como la misma sangre...

—Esperemos. Dentro de unos minutos llegará el Gran Comendador —susurró Gordon, que adoptaba una actitud reverente y concentrada.

Bruscamente se oyó un leve chirrido. Una ancha puerta se abrió para dar paso a una corpulenta silueta vestida con una túnica escarlata.

La presentación fue muy simple. Gordon pronunció el nombre de Bracius y el Gran Comendador escrutó con insistencia las facciones del aspirante.

—Considere como un gran honor el ser admitido a la «prueba» —pronunció el enigmático personaje con voz grave, engolada—. Si consigue superarla, su ingreso en la orden del Castigo Divino será considerado.

—¿Qué clase de prueba, señor? —preguntó Bracius, impresionado.

—Recibirá instrucciones precisas en su domicilio. Y no tema, sólo el hermano Dorkus y yo conocemos su verdadera identidad. Dentro de la orden, todos tenemos un nombre, distinto del legal. El mío es Nigro, Gran Comendador de la orden del Castigo Divino. Usted, es decir, tú, recibirás a partir de ahora el nombre de Bracius, con el cual pasarás a pertenecer como «hermano» en cuanto pases la prueba. Ahora podéis marcharos.

Dorkus —es decir, Gordon Dims— volvió a taparle los ojos y le guio al exterior. Ambos subieron al automóvil y se alejaron.

Tres días más tarde, Bracius recibió una comunicación a través del correo. El sobre carecía de membrete y de toda otra indicación, a excepción de la dirección del destinatario, mecanografiada con un tipo

de máquina muy corriente.

Impaciente, Bracius rasgó el sobre y extrajo una hoja de papel igualmente mecanografiada, que leyó con gran ansiedad.

Instrucción I.—

La prueba consiste en castigar a Donald Jones-Brown, redactor del periódico «Californian Telegraph».

Instrucción II.—

Sólo se trata de un aviso para advertir a Jones-Brown y disuadirle de que siga publicando sus groseros reportajes que atentan a la seguridad de nuestra Orden.

Instrucción III.—

El aviso consistirá en la colocación de una bomba de relojería, inofensiva, en el automóvil del propio Jones-Brown. La bomba sólo producirá el incendio del vehículo, que Jones-Brown acostumbra a aparcar ante la redacción de su periódico.

Instrucción IV.—

Abra el maletero de su coche. Dentro hallará la bomba en una caja de zapatos. Puede adherirse mediante imanes. Una vez colocada, sólo tiene que oprimir el botón marcado con la palabra «start». La bomba incendiaria estallará un cuarto de hora después.

Instrucción V.—

Destruya la carta y el sobre inmediatamente. Quémelos.

Bracius se quedó pálido.

No le acababa de gustar la «prueba».

Poner una bomba en el automóvil de un hombre que no le había hecho el menor mal...

Sin embargo, la excitación que sentía le impulsó a seguir adelante. Al fin y al cabo, según había indicado el gran Comendador en sus instrucciones, la bomba sólo produciría el incendio del vehículo...

Salió de su casa. Su coche, un «Mustang», estaba estacionado bajo un tilo del jardín.

Abrió el maletero, cerrado con llave. Dentro estaba la caja de

zapatos que le habían anunciado. La abrió y contempló con temor la complicada bomba de relojería.

Tembló imperceptiblemente.

Dudaba.

Pero Gordon Dims le había prometido un verdadero paraíso de sensaciones. Bracius se sentía irresistiblemente atraído por develar los misterios de la Orden del Castigo Divino.

Donald Jones-Brown sólo sería objeto de una broma inofensiva, puesto que, probablemente, la aseguradora le compensaría por la pérdida de su automóvil.

Bracius tomó la bomba entre los dedos y la acarició con supersticioso temor.

Estaba decidido: seguiría adelante.

—Debo superar la prueba —murmuró.

* * *

Era una pesadilla horrible.

De repente, un hombre corpulento cruzaba la calle y se introducía en el «Rambler» amarillo.

¡Era Jones-Brown!

Bracius consultaba su reloj. Hacía catorce minutos exactamente que colocara la bomba bajo el asiento delantero del automóvil, que el periodista había dejado descuidadamente abierto...

¿Era una pesadilla o... atroz realidad?

Súbitamente resonó la potente explosión.

Las puertas del coche fueron desgajadas como hojas de papel. Una silueta humana salió despedida del interior del vehículo, que se veía ya envuelto por las llamas.

¡Horror...!

Bracius contemplaba con expresión de espanto aquel cuerpo humano del que había sido cercenada brutalmente la cabeza y la pierna izquierda.

—¡Dios santo...! —murmuró, enloquecido—. No es posible... Debe haberse producido un error, una terrible equivocación.

Detrás de él resonaron los ululantes alaridos de las sirenas.

Había que huir... ¡Si le detuvieran, si pudieran probar que él había colocado en el coche de Jones-Brown la bomba que acababa de terminar con la vida del periodista...!

Dio al contacto, trató de escapar...

Imposible. Varios camiones de bomberos y algunas unidades motorizadas estaban cortando el tráfico en las proximidades.

Bracius palideció. Sudaba copiosamente.

—Una equivocación. Sí, eso debe ser —repitió, ingenuo—. En lugar de una simple bomba de fósforo, incendiaria, el Gran Comendador adquirió un artefacto de infinita potencia. Le engañaron.

¿Cómo podían complicarse las cosas de forma tan escalofriante? El error de la bomba, la maldita casualidad que había hecho que Donald Jones-Brown penetrara en el coche antes de que el artefacto estallase. Y ahora...

Bruscamente, Bracius se agitó de un respingo.

Una cabeza cubierta por un casco y gafas acababa de penetrar por la ventanilla de su «Mustang».

¡Un policía...!

—¡Salga, por favor! Abandone el automóvil. Es peligroso permanecer en esta zona —le indicaron.

Abandonó el refugio de su coche. Se tambaleaba, caminaba vacilante, tembloroso, convertido en un manojo de nervios...

Delante de su «Mustang» se encontraba estacionada una camioneta «Ford».

Y... ¿qué era aquel horrendo pingajo sanguinolento entre las ruedas delanteras de la camioneta?

—¡Dios mío! —gimió al distinguir los rubios cabellos manchados de sangre, las gafas colgadas de forma absurda sobre la oreja izquierda, el firme mentón.

Era la cabeza de Donald Jones-Brown.

Desgajada del tronco, la fuerza de la explosión la había arrojado a treinta metros de distancia.

Bracius hubo de apoyarse sobre la camioneta para evitar caer al suelo, víctima de la insoportable impresión.

Una mano le sostuvo con energía.

—¿Se siente mal, quiere que le acompañe hasta un puesto de socorro? —le preguntaba, solícito, el maldito policía.

Bracius tragó saliva.

¡La cabeza de Donald Jones-Brown mantenía los abiertos ojos fijos en él!

—Ahora... Dentro de un segundo... Sus labios se abrirán para acusarme —pensó, obsesionado.

El policía le empujó suavemente hacia adelante.

Bracius suspiró. ¡Aquel hombre ni siquiera había reparado en la horrible cabeza cercenada!

—Gracias —murmuró—. Ya me siento mejor. Fue... fue la... impresión.

Tenía que huir, alejarse. Cuanto antes. Aquel hombre, el policía, podría recordar su rostro, tal vez le relacionaría con el atentado que acababa de costar la vida al infeliz Donald Jones-Brown.

Se separó del policía apresuradamente, alzando una mano en un

vago gesto de agradecimiento.

Tomó la primera bocacalle y se alejó con prisas. Luego, a treinta metros de distancia, corrió cuanto pudo, ansioso por poner la mayor distancia entre él y la escena de la tragedia.

En la próxima manzana tomó un taxi.

—¿Se siente mal? —le preguntó el taxista, amable.

¡Al diablo con todos! ¿Qué tenía en la cara, cuál sería su aspecto cuando todos le hacían la misma pregunta?

Gruñó algo entre dientes y se recostó sobre el asiento hasta casi desaparecer bajo los cristales de la portezuela y se encogió sobre sí mismo, como si quisiera ocultarse a la vista de todos.

Cuando llegó a casa, corrió al cuarto de baño y se miró en el ancho espejo enmarcado en plata.

Su expresión reflejaba todo el horror del infierno. Demacrado, la faz de color ceniciento, sus ojos tenían un brillo de locura...

Acababa de superar la «prueba». Probablemente pasaría a ingresar en la Orden del Castigo Divino...

—Pero, Dios mío, ¡a qué precio! —se dijo.

Tenía que ponerse urgentemente en contacto con Gordon. Necesitaba una explicación. O se volvería loco de angustia, de inquietud, de espanto.

Marcó un número con inseguros movimientos y esperó hasta escuchar la familiar voz de Gordon.

—¿Sí?

—Soy yo, Bra... Bracius. Estoy... Me siento aterrado, Gordon. Mi... prueba consistía en colocar una bomba incendiaria en el coche de Donald Jones-Brown. Pero...

—Lo sé. Acaban de llamarme por teléfono. Jones-Brown ha muerto despedazado. ¿Y bien...? —Dims se expresaba en un tono glacial, impersonal.

—Pero... ¿no lo comprendes? Me he convertido en un asesino... ¡Yo he matado a Donald Jones-Brown! Al parecer, todo se debe a un error...

—No hay tal error —puntualizó Gordon «Dorkus» Dims—. Es la prueba, ¿no lo entiendes? A partir de ahora, obedecerás ciegamente todas las órdenes del Consejo, porque... si te negaras, la policía recibiría inmediatamente un completísimo reportaje en el que tú apareces como decidido protagonista.

—¿Qué quieres decir? —la epidermis de Bracius se enervó, sus ropas se empaparon en frío sudor.

Gordon se impacientó.

—No seas estúpido, amigo mío. La «prueba» no es sino un truco para obtener pruebas contra ti. Mientras tú colocabas la bomba en el coche del periodista, uno de nuestros «hermanos» filmaba

escrupulosamente todos tus movimientos...

Bracius rechinó los dientes.

—¡Canallas! Luego era una trampa... ¡Y tú, maldito traidor, me has metido en un círculo de asesinos! —gritó.

Gordon Dims dejó escapar una risita irónica.

—No te llevé al «cónclave» en contra de tu voluntad, querido amigo, sino porque tú lo quisiste. Por otra parte, es mejor así. Las «pruebas» suponen la garantía de que ninguno de nosotros confesará aunque le atormenten en el potro. ¿Imaginas que yo no tuve que hacer otro tanto cuando ingresé en la Orden?

—¿Tú?

—Sí. ¿Recuerdas el asesinato de Lucy McKroy? Era una muchacha muy linda, de apenas veintidós años. Mi prueba era muy simple: debía penetrar en el domicilio de Lucy y ponerle una sencilla inyección. En mis «instrucciones» se especificaba que la inyección era inofensiva. Es decir, relativamente inofensiva...

Bracius escuchaba con absoluta atención las frías palabras de Gordon Dims.

—Lucy McKroy debía asistir como testigo a la vista de un juicio por asesinato. Según mis instrucciones, la inyección provocaría en Lucy una amnesia pasajera. Es decir, ella perdería la memoria durante algunas semanas... Con lo cual, le sería imposible testificar, como bien puedes comprender.

—¿Y no fue así? —preguntó Bracius, con la garganta dolorosamente seca.

—La inyección contenía una dosis mortal de estricnina. Lucy murió en el acto, apenas un segundo después de recibir la inyección. Entretanto, como en tu caso, uno de los «hermanos», oculto en una habitación contigua, filmaba todos mis movimientos, procurando que mi rostro fuera siempre claramente visible... ¿Vas entendiendo ahora? Yo asesiné a Lucy McKroy: ésa fue mi prueba.

Sin soltar el auricular, Bracius se dejó caer sobre el más próximo sillón.

Temblaba.

—¡Dios mío! Gordon, ¿te das cuenta de que estamos atrapados? —murmuró con torpeza—. Con esas pruebas pueden extorsionarnos, presionarnos, obligarnos por el resto de nuestros días. Estaremos siempre en manos de una cuadrilla de criminales sin escrúpulos.

Dims tardó en contestar.

—No temas. No habrá extorsiones, a cambio de que prestes absoluta sumisión a la Orden. Por otra parte, todos los «hermanos» gozan de ciertas compensaciones.

Bracius parpadeó, inquieto.

—¿Cuáles, exactamente? —quiso saber.

—Pronto lo sabrás —respondió Gordon, enigmático.

CAPITULO 02

E

RA una jovencita esbelta, airosa, morena. Muy guapa, nerviosa y atolondrada.

Era Dolly Andrews. Diecisiete años, una silueta muy atractiva y unos irrefrenables deseos de vivir.

No era cierto que ejerciese la prostitución. Trabajaba en las oficinas de la *Gowell International*, laboratorios farmacéuticos, e incluso cobraba un pequeño sueldo que no bastaba para cubrir sus gastos. Ya se sabe, vestidos, perfumes, chucherías...

Dolly tenía varios amigos, jóvenes y acomodados, que solían hacerle frecuentes regalos.

Desde luego, Dolly vivía su vida con toda intensidad, pero su conducta era del tipo de millones de muchachas de su misma edad y ambiente social.

Aquella noche, Dolly había acudido a «The Last Drink», un discreto club de las afueras, en compañía de Jim Carmody, un asentador de frutas con perennes ganas de juerga.

A Jim le habían tocado cinco mil dólares en la triple gemela.

—Para ti, pequeña —le dijo aquella noche—. Para que te compres alguna ropa interior francesa.

Frescamente, Carmody introdujo cinco billetes de cien dólares entre los pequeños senos de Dolly.

Jim se había emborrachado. Gangueante y reiterativo hasta el cansancio, había terminado roncando estrepitosamente de bruces sobre la mesa del club.

Dolly también se sentía un poco mareada. Media docena de *Martini* eran la causa de ello.

Hacia las tres de la madrugada, Dolly decidió que era hora de volver a casa. Llamó a un camarero, le entregó una generosa propina y le encargó que enviase a Jim a casa en un taxi en cuanto despertase.

Abandonó el club. En la zona de aparcamiento le aguardaba su pequeño «Opel» deportivo.

Caminó cadenciosamente hacia la penumbra. Sus largos cabellos negros y sedosos flotaban en el aire impulsados por la leve brisa.

Se detuvo bruscamente. Temerosa, trató de escrutar las tinieblas, al otro lado de un estilizado automóvil.

Silencio. Pero Dolly hubiera jurado que acababa de oír un crujido de pasos sobre la gravilla.

Se estremeció. ¿Un ladrón, un... violador?

Esperó, medrosa.

Pero ningún rumor volvió a producirse y al cabo de unos segundos, avanzó hasta tocar la carrocería de su coche.

Abrió la portezuela del descapotable y se sentó tras el volante. Cuando sacaba de su bolso la llave de contacto, escuchó un agudo maullido que le puso los pelos de punta.

A Dolly no le gustaban los gatos, le repelían.

—Soy estúpida —pensó—. Al fin y al cabo, sólo se trata de un inofensivo animalillo.

Estaba dando el contacto cuando aparecieron las tres sombras.

El grito de espanto se heló en su garganta.

De repente, una mano de acero la aferró por los cabellos y tiró con tanta fuerza que Lucy sintió un insoportable ramalazo de dolor en el cuero cabelludo.

Salvajemente, alguien le arrebató del interior del automóvil.

Arrastrando por el suelo, todavía asida por los cabellos, Lucy quiso gritar estridentemente para liberar su terror.

Sólo pudo entreabrir los labios. La puntera de una bota se estrelló contra su boca cuando se disponía a chillar.

Sus labios reventaron y la sangre manchó su pecho.

—¡Dios mío...! —pensó, aterrada—. ¿Qué... se proponen?

Tragó sangre, se atragantó, casi se asfixió...

Arrastrada de bruces sobre la gravilla, su pecho fue arañado hasta quedar en carne viva.

De repente la soltaron.

Dolly se irguió, desorbitados los ojos de horror.

Y entonces la luz dio de lleno sobre el rostro del hombre que acababa de soltar sus cabellos.

—¡No es posible! —pensó—. No puedo creerlo, pero esas facciones...

El tacón de una bota se estrelló sobre su cabeza.

Dolly perdió instantáneamente el conocimiento

—Pequeña cerda... —gruñó Dorkus, iracundo—. Creo que me ha reconocido poco antes de que tú la golpeases en la cabeza.

Helius rio en la oscuridad.

—No te inquietes, hermano. La pequeña Dolly no volverá al mundo de los vivos —susurró.

Bracius contemplaba fijamente el cuerpo ensangrentado de la muchacha. Con profundo horror.

Sobre la mesa en forma de cruz se quemaba lentamente una barrita aromática. A través de las volutas de humo, Bracius intentaba adivinar los rostros de las personas que se ocultaban tras las enigmáticas máscaras rojas.

Imposible identificar a sus «hermanos». Podía establecer fácilmente las formas físicas de aquellos individuos. Unos eran más altos, otros más obesos, como el mismo Nigro, Gran Comendador. Pero con ello no se conseguía gran cosa.

Nigro murmuraba una especie de plegaria entre dientes. El silencio era absoluto, denso, agobiante, cuando el Gran Comendador calló.

Sus ojos brillantes se posaron sobre Bracius, cuyo nombre, como el de los restantes miembros de la organización, destacaba en letras doradas sobre su pecho.

—Hermano Bracius —pronunció con voz grave—. El Consejo te ha elegido como brazo ejecutor de la justicia divina. Dolly Andrews ha sido juzgada. A ti, Bracius, te corresponde ejecutar la sentencia. La culpable aguarda en su celda. Ahora, ponte en pie. Aproxímate: Se acerca un gran momento para ti: hoy serás ungido.

Bracius se puso en pie y rodeó la mesa. Tenía que realizar un tremendo esfuerzo de voluntad para evitar que sus temblorosas rodillas chocasen entre sí.

Nigro había mencionado el «Consejo». ¿Dónde estaba tal Consejo, quiénes lo componían?

Bracius tenía la sospecha de que no existía. En realidad, estaba seguro de que en la organización sólo Nigro ostentaba la potestad de decidir sobre la vida y la muerte de los infelices reos.

Bracius dejó vagar su vista sobre los asistentes a la asamblea. Todos permanecían silencioso, expectantes. Sólo el fulgor de sus ojos indicaba que bajo las túnicas rojas existía un hombre, una persona.

En el pecho brillaban las letras doradas que indicaban los nombres de los hermanos...

Aquila, Scorpio, Vípera, Hyana, Saurius, Mantis, Tiger, Linx, Lupus, Licantropus...

Latinos nombres de repugnantes criaturas.

—Arrodíllate —ordenó Nigro, autoritario.

Bracius no tuvo que realizar un gran esfuerzo para obedecer. Porque en realidad sus rodillas apenas podían sostenerle en pie.

Nigro descubrió la copa dorada que mantenía ante sí. Pronunció unas enigmáticas palabras que Bracius no pudo entender y luego, con lentitud, destiló el contenido de la copa sobre la cabeza de Bracius, que parpadeó, sorprendido, cuando el espeso líquido manchó sus ojos.

Su mano derecha se alzó y sus dedos palparon el viscoso líquido.

¡Sangre...!

Nigro acababa de ungirle con sangre.

¿Sangre humana, quizá?

—Ponte en pie ahora y cumple con el rito. Esperaremos en silencio hasta que hayas terminado. ¡Cumple con tu deber!

Bracius dirigió una ojeada hacia la disimulada puerta de la celda.

A lo largo de los últimos sesenta minutos, cuatro «hermanos» habían visitado a Dolly Andrews en su capilla. Eran los llamados «confesores», nombrados por Nigro, encargados de amonestar a la culpable antes de que la pena fuese ejecutada. El último en visitar a Dolly había sido el propio Gran Comendador.

Era horrible. Dolly, que iba a morir, debía, además, soportar los improperios y amonestaciones de sus verdugos.

—¡Ve! —gritó Nigro.

Bracius inclinó la cabeza, sumiso.

Sabía que todas las miradas estaban posadas en él cuando se dirigió a la puerta de la celda, disimulada tras el terciopelo rojo que cubría los gruesos muros de hormigón.

Apartó la cortina, descorrió el cerrojo de seguridad.

Una difusa luz roja brillaba en el techo.

Bracius cerró la puerta a su espalda y contuvo la respiración hasta que se sintió ahogado.

Matar.

Tenía que matar. De forma consciente.

—Es un crimen horrendo —pensó.

No era la primera vez que mataba. Había acabado con la vida de Jones-Brown. Pero aquello había sido diferente. En realidad, Bracius se consideraba libre de culpa, puesto que jamás quiso cometer un daño tan irreparable.

Pero ahora...

Se había imaginado una celda semejante a la de una prisión. Sin embargo, nada más diferente de la realidad: la habitación en que se encontraba era espaciosa, estaba forrada de cuero rojo e incluso contaba con una amplia cama dotada de rojas sábanas de seda.

Buscó con miedo y ansiedad a Dolly Andrews, su víctima.

¿Sería capaz de... hacerlo, tendría arrestos suficientes para matarla?

Nadie le había indicado cómo debía hacerlo. Tampoco le habían proporcionado el... arma del sacrificio.

Bracius sentía las fauces secas como la lija. ¿Cómo... cómo... cómo lo haría?

¿Estrangulándola, tal vez?

Bracius no se sentía con fuerzas para ello.

De todas formas... ¿dónde estaba Dolly?

Avanzó, contorneó el lecho.

Dolly yacía de bruces sobre la moqueta del piso.

Estaba desnuda. Totalmente desnuda.

Inmóvil.

Los cabellos, negros y sedosos de ordinario, aparecían ahora enmarañados, sucios, sin brillo.

Bracius se inclinó tímidamente sobre ella.

—Dolly... —murmuró.

Pero la chica no se movió.

Entonces la tomó con suavidad por un brazo y dio la vuelta al inerte cuerpo.

El aniñado rostro de Dolly aparecía transido en una espeluznante mueca de repugnancia y de horror.

Bracius no había visto a muchos muertos. A pesar de lo cual, supo inmediatamente que Dolly estaba sin vida.

Su piel estaba tibia aún, lo que indicaba que acababa de morir.

Pero, ¿cómo?

Bracius conocía el penetrante olor del sexo.

—La han violado —murmuró, enfebrecido— ¡Esos cerdos!

Los «confesores», los «hermanos» que debían amonestar a aquella pobre pecadora, se habían divertido violándola, uno tras otro, incluido el orondo Gran Comendador.

Ahora podía entender el rictus de repugnancia en el bello rostro de Dolly Andrews.

Ahora, todo estaba claro para Bracius.

No tendría que cumplir la sentencia.

Porque Dolly había muerto de horror. Y de asco.

* * *

La cólera le estremecía. Tempestuosas ideas bullían, ardorosas, en su cerebro, y la violencia se iba incubando lentamente en su pecho.

Pero debía disimular si pretendía conservar la vida. Bracius estaba ahora íntimamente seguro de que los componentes de la Orden del Castigo Divino no dudarían en eliminarle si él les daba el más leve motivo de sospecha.

Sangre, sexo, rito...

Bracius volvió al «cónclave».

—*¿Factum est?*¹

—*Factum est* —murmuró Bracius con voz átona.

Hubo un relumbre siniestro en los ojos de Nigro.

—*¡Ad Avernum!*² —exclamó—. Que el fuego purificador elimine esa carroña. Ocupaos de ello, hermanos Dorkus, Helius y Bracius.

Dorkus y Helius se pusieron en pie y empujaron a Bracius hacia la

celda.

Cuando arrastraron el cadáver de Dolly Andrews al exterior, la asamblea se había disuelto y la espaciosa estancia se hallaba silenciosa, impregnada todavía del aroma a incienso.

—¿Y ahora? —preguntó Bracius, indeciso.

—Ya oíste al Gran Comendador. ¡A la hoguera! —exclamó el delgado Helius con una risita escalofriante.

—¿Qué quieres decir?

—En las dependencias del servicio existe un incinerador de basuras. Nos servirá para hacer desaparecer a Dolly.

—Pero...

—Tranquilízate, hermano Bracius. Será muy fácil. Lo hemos hecho otras veces —respondió el diabólico Helius.

—Vamos. No perdamos el tiempo —urgió Gordon «Dorkus» Dims—. Es tarde.

Bracius consultó el reloj de pulsera que ocultaba bajo las anchas mangas de su túnica.

Eran las cuatro de la madrugada.

Dominando su repugnancia, tomó los brazos de Dolly. Helius y Dorkus agarraron el cuerpo por los tobillos.

Subieron.

Las dependencias del Club estaban en completo silencio. El personal de servicio se había marchado ya y las lujosas estancias aparecían desiertas.

Atravesaron la espaciosa cocina y penetraron en la habitación donde se incineraban las basuras.

Las náuseas atosigaban a Bracius.

Sólo tenía que imaginarse el cuerpo de Dolly asándose lentamente en el interior del incinerador para que todo su ser se alborotase hasta el vómito.

Dorkus y Helius llevaban a cabo la operación con absoluta indiferencia. ¿Es que carecían por completo de sentimientos, habían llegado a convertirse en verdaderos monstruos carniceros...?

Acababan de soltar las piernas de Dolly como si de un fardo despreciable se tratase.

Impresionado, Bracius depositó el cadáver sobre el piso con exquisita y reverente lentitud.

Dorkus abrió el paso del propano y oprimió el botón del encendido automático del gran incinerador.

Bracius le oyó maldecir entre dientes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Helius, indiferente.

—¡No lo sé...! —gruñó Dims—. No logro encenderlo.

Bracius dejó escapar el aire contenido en sus pulmones.

—Ojalá no funcione —deseó con todas sus fuerzas.

Gordon había abierto el horno y olfateaba en su interior.

—Maldita sea —murmuró—. Ha debido terminarse el propano del depósito. No hay gas.

Los tres se consultaron con la mirada.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Bracius, nervioso.

Dims se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió, rabioso—. No hemos tenido en cuenta esta contingencia. Y ahora es demasiado tarde para...

No expresó para qué era demasiado tarde, pero Bracius adivinó que Gordon se refería a una posible consulta a Nigro.

—Tal vez... —murmuró Helius.

—¿Qué...? —inquirió Dims, impaciente.

—Hay un vertedero de basuras a unos tres kilómetros de aquí. Está situado en una hondonada. Un lugar muy discreto, escondido, ya sabéis... Fui allí una noche con un joven amiguito —explicó Helius—. Tuvimos que marcharnos: había miles de ratas hurgando en los residuos.

—Pero...

—Podíamos enterrar el cadáver entre las basuras. En el peor de los casos, las ratas lo devorarían en pocas horas. En caso de que lo encontrasen, resultaría prácticamente imposible identificarla... ¿qué os parece?

Bracius calló lo que iba a decir.

—No podemos elegir. Cualquier solución es buena, puesto que sería muy peligroso conservar el cuerpo de Dolly en nuestro poder. Ve por el furgón del club, Helius. La llevaremos al vertedero —resolvió expeditivamente Gordon Dims.

Ni siquiera contaba con la opinión de Bracius.

En cualquier caso, ¿qué podía ser peor: incinerar el cadáver o permitir que los repugnantes roedores se cebasen en el joven cuerpo de Dolly Andrews?

La escalofriante imagen de las ratas devorando el cuerpo de Dolly puso un escalofrío en el corazón de Bracius.

Fuera zumbó un motor.

Entretanto, Gordon Dims arrastraba ya salvajemente el cadáver de Dolly Andrews.

* * *

Pete Redfield había reunido un regular montón de chatarra cuando vio brillar la luz de los faros en la lejanía.

Su vieja y herrumbrosa furgoneta se hallaba oculta tras un gran montón de desperdicios, por lo cual Pete optó prudentemente por

aplastarse contra las hediondas basuras y esperar.

A las cuatro de la madrugada, la proximidad de aquel vehículo podía tener consecuencias imprevistas y Pete era demasiado viejo ya para complicarse la vida inútilmente.

El furgón avanzaba dando tumbos sobre los residuos. Pete, que se mantenía oculto, pero vigilante y tenso, comprobó que el vehículo se detenía a unos cincuenta metros de distancia.

A la luz de los faros se recortaron tres extrañas siluetas.

—Parecen clérigos... ¿Frailes? —murmuró Pete.

Estaban abriendo el portón posterior del furgón y sacaban algo que arrojaron descuidadamente a una hondonada. Luego las tres siluetas arrojaron los residuos a patadas sobre el mismo lugar.

Poco después, el vehículo emprendía el regreso. Cuando desapareció en la oscuridad. Pete se levantó, renegó porque su ropa, aunque vieja, se había impregnado del hediondo hedor, y se rascó la grisácea pelambrera, perplejo.

¿Qué era lo que habían arrojado los desconocidos?

—Tal vez pueda aprovechar algo —pensó. Y echó a andar hacia aquel lugar.

Pete revolvió las basuras.

E inmediatamente descubrió una pierna femenina.

Pronunció un taco muy sonoro y terminó de descubrir el cadáver.

Una muchacha muy joven. A la que posiblemente habían violado y asesinado.

—Mala cosa —murmuró.

No quería complicarse la vida, pero... volvió sobre sus pasos, subió a su furgoneta y se encaminó a la ciudad.

Era un cargo de conciencia: había decidido denunciar su hallazgo a la policía.

* * *

La incierta luz del nuevo día cayó lentamente sobre el vertedero de basuras.

Varias unidades de la policía vigilaban el lugar, mientras el médico forense y el comisario en persona descubrían el cadáver de Dolly Andrews.

Helius tenía razón al afirmar que las hambrientas ratas llevarían a cabo su cometido en escaso tiempo.

El rostro del comisario McBriam se tornó lívido al contemplar las facciones de la joven parcialmente devoradas por las ratas. Los roedores se habían cebado igualmente en otras partes del cuerpo, como los brazos y las piernas.

A treinta metros de distancia se detuvo el automóvil del representante del juez, Anthony James, un joven delgado y ágil.

James cambió unos comentarios con el médico y el comisario y en seguida autorizó el levantamiento del cadáver.

La infeliz Dolly Andrews fue depositada sobre una blanca sábana y rápidamente colocada sobre la camilla que los enfermeros introdujeron en una ambulancia.

Luego el vehículo partió dando tumbos sobre los montones de desechos.

Pete Redfield, muy ufano, repetía una y otra vez a los policías el relato de cuanto había visto aquella noche.

La policía registró escrupulosamente los alrededores. Entre tanto, en el interior de sus cubiles, las ratas espiaban, curiosas, a los hombres que se movían de un lado a otro.

Cuando el sol se elevó por encima de las colinas, el lugar quedó nuevamente solitario y silencioso.

CAPITULO 03

M

McBRIAM observó la nota mecanografiada con una lupa.

Luego miró al joven que le estaba observando sin demasiado interés.

—Donald Jones-Brown venía hacia la comisaría cuando su coche estalló. Traía una carpeta de plástico y metal que ardió casi completamente, junto con su contenido, unas hojas mecanografiadas. Pero aquí están los fragmentos, parcialmente carbonizados. Acérquese, Frank. Quiero que vea esto —le invitó el comisario.

Frank Miranda se puso en pie indolentemente. Era un joven moreno, alto y delgado, pero muy nervudo y ágil. Sus ojos castaños tenían un brillo irónico y sus delgados labios se plegaban en un rictus despectivo.

Miró los fragmentos que McBriam quería enseñarle.

Podían leerse frases aisladas, como: «...mpuesto por treinta individuos, uno de ellos es una mujer, su nombre... ten... wall...» «...verdaderos fanáticos... aberraciones sexuales...» «...excusa de castigar... auténticos crímenes...» «...podido identificar al Gran Comendador, al que denuncio públic... endo... rker... rque mi vida corre gravísimo pelig...»

—¿Esto es todo? —preguntó el teniente Miranda, sin demostrar el menor interés.

—Es suficiente para probar que Donald Jones-Brown estaba decidido a denunciar a los componentes de una organización criminal, camuflada y secreta, que funciona como una secta religiosa y a la que los mismos «hermanos» han dado el nombre de Orden del Castigo Divino —explicó McBriam, mirándole con fijeza—. Al parecer, se erigen en brazo ejecutor de Dios. Señalan a un pecador y le... sacrifican. Escuche, Frank: tenemos una lista de personas desaparecidas. Personalmente sospecho que muchas de esas personas fueron eliminadas por la Orden.

El teniente Miranda dirigió una ojeada de soslayo a la lista que el comisario le mostraba.

De repente, su expresión se animó. Acababa de leer aquel nombre: Lucy McKroy.

McKroy, McKroy... ¿quién era?

Súbitamente, en su memoria apareció un bello rostro de mujer, una cabellera castaña, un cuerpo juvenil, prieto y elástico.

¡Lucy McKroy...!

Frank y Lucy habían sido amigos en la Universidad de Berkeley.

Amigos íntimos, para decir las cosas claras.

¡Deliciosa Lucy McKroy! Siempre alegre, parlanchina, cordial, cariñosa...,

Lucy se había licenciado en Económicas, tres años atrás.

—Tengo un empleo en San Francisco —le dijo ella, una noche—. Debo marcharme, Frank. Sin embargo...

—Me gustaría volver a verte. ¿Sabes...? Tengo que confesar que has calado demasiado hondo en mí. ¿Por qué no te quedas?

Lucy suspiró levemente.

—Creo que estoy enamorada de ti, Frank. Pero quiero estar segura de ello. Déjame ir. Volveré a ti cuando esté segura de mis sentimientos.

Frank plegó los labios en una mueca amarga.

—Te echaré de menos —murmuró.

Pero no hizo nada por retenerla cuando ella se separó aprisa del hombre y caminó hacia la próxima parada del autobús, con su sedosa cabellera ondulando al viento.

Lucy...

Entrañable, afectiva, dulce, entregada...

Ella le había llamado por teléfono en dos o tres ocasiones. El trabajo la absorbía, había alcanzado prestigio y respeto, tenía deseos de seguir prosperando. Cuando Frank terminase su academia, quizá...

Jamás volvió a verla.

Ahora, Lucy —querida y entrañable Lucy— sólo era un nombre en una lista de personas desaparecidas, probablemente muertas.

—¡Cómo cambian los conceptos en breves segundos! —pensó Frank—. Hace un momento, me tenía sin cuidado el caso que McBriam quiere endosarme. Ahora...

Ahora le interesaba el asunto profundamente. Sólo quería saber qué había sido de Lucy, comprobar si ella seguía con vida o si, por el contrario...

Una curiosa mueca de amargura plegó nuevamente sus delgados labios.

Miró a McBriam.

—Usted sospecha que muchas de estas personas fueron asesinadas por miembros de esa Orden. ¿Por qué...? —indagó.

El comisario le dirigió una leve sonrisa. ¿Por qué, de repente, Miranda se animaba, qué era exactamente lo que había despertado su interés?

—Se lo explicaré: Jones-Brown era un periodista audaz, un hombre inquieto que buscaba siempre la noticia más impresionante para satisfacer la curiosidad de sus lectores. Jones-Brown estaba publicando una serie de reportajes-encuesta sobre seis jovencitas desaparecidas unidas entre sí por características comunes: atractivas,

alocadas, de conducta un tanto libre, ¿comprende? Descubrió que ni una sola de las muchachas desaparecidas había sido hallada tras su desaparición. Ningún cadáver...

—¿Y...?

—Charlamos en varias ocasiones. El sostenía la hipótesis de que los cadáveres de las desaparecidas estaban siendo incinerados. Legalmente, desde luego. Jones-Brown me llamó una noche: «Tengo un contacto interesante», me confió. «Volveré a llamarle en cuanto descubra algo concreto». Sin embargo, transcurrió toda una semana antes de que volviese a tener noticias suyas. Fue la misma mañana en que una potentísima bomba despedazó su cuerpo. Me dijo por teléfono: «Estaré en comisaría en breves minutos. Llevo conmigo un informe completo. Prepárese, comisario. Voy a darle noticias increíbles, pero ciertas».

—¿Nada más?

—Nada más. Jones-Brown jamás llegó a comisaría. Media hora más tarde me dieron la noticia: estaba muerto. Una muerte horrible, por cierto. Su cabeza fue arrancada de cuajo por la potencia de la explosión.

Frank seguía pensando en Lucy.

Y se estremeció al imaginar que quizá ella también hubiera muerto descuartizada.

* * *

Nell Smith se encogió sobre el duro asiento de madera.

—¡No, no! —gimió, asqueada.

—Piénsalo —insistió el corpulento individuo que ocupaba el lugar más oscuro en una esquina del silencioso y vacío templo.

Nell se estremeció.

Tenía miedo. Miedo y asco.

—No puedo. Usted... me causa repugnancia. No accedería aunque me cubriese de oro —murmuró ella, súbitamente envalentonada.

Su valor se debía a haber escuchado el chirrido de la cancela del templo. Alguien llegaba. En presencia de otras personas, aquel abyecto individuo no se atrevería a...

El hombre que permanecía entre las sombras rechinó los dientes.

No podía impedir que su instinto ardiese en un volcán de deseo. Nell parecía tan pura, tan ingenua, tan chiquilla...

Pero la maldita acababa de pronunciar aquella frase: *«Usted me causa repugnancia»*.

¿Por qué? Él era un hombre pulcro, cuidadoso en su higiene personal, en el vestir... ¿Por qué siempre las muchachas sentían

repugnancia en su presencia?

¡Maldita...!

Como siempre, la decisión llegó rápida:

—Te arrastrarás a mis pies, llegarás a pedirme demencia, gemirás... Pero tu suerte está echada ya. Morirás.

Nell miraba medrosamente hacia atrás.

Y se mordió los labios al comprobar que la anciana que se disponía a entrar, retrocedía murmurando algo entre dientes y desaparecía.

Los ojos del sátiro relumbraban en las tinieblas.

—Nell, ¿cederás?

Ella dejó escapar un gemido.

—¡No, no! ¡Es superior a mis fuerzas! —sollozó, aterrada.

Era tan joven, tan apetecible, parecía tan pura, tan frágil...

Las enormes manos del sátiro se tendieron hacia ella, ávidas.

Pero Nell, ágil, saltó por encima del banco y huyó como un animalillo asustado a través del ancho pasillo.

Sus pasos resonaron lúgubremente bajo la alta bóveda del templo.

Perdida la respiración, Nell acertó a abrir la cancela y escapó.

—¡Corre, corre, huye por ahora! —rio el sátiro, en la oscuridad—. ¡Pobrecilla gacela indefensa! Tú no puedes adivinar que jamás podrás escapar de mis garras. El sábado...

En la calle, Nell dejó escapar un alarido de terror cuando chocó inopinadamente con un individuo de elevada estatura. ¿Un cómplice del sátiro, alguien dispuesto a impedirle la huida?

Frank Miranda sostuvo firmemente a la muchacha por los brazos.

La miró con curiosidad.

Era muy bonita.

Pero todo el horror del infierno estaba reflejado en aquellas juveniles y frescas facciones.

—Tranquilícese —pronunció con voz gruesa, indolente—. ¿Por qué corre de ese modo? Estuvo a punto de tirarme al suelo.

Nell intentaba liberar sus brazos, pero él era demasiado fuerte y no lo consiguió.

—Vamos, vamos, sosiéguese. No tiene nada que temer, soy el teniente Miranda, de la Brigada de Homicidios —insistió.

Nell se relajó un tanto.

—Por favor, por favor, déjeme ir —suplicó.

—Tal vez pueda ayudarla. ¿La atacó alguien, trataron de robarle...? Vamos, sea sincera. Yo la protegeré.

Pero ella miraba insistentemente hacia el pórtico del templo. Sus ojos brillaban, enfebrecidos.

Como una fierecilla, se revolvió entre los brazos de Frank, que la soltó finalmente.

La vio ir, perplejo.

¿Por qué huía?

Aquella muchacha parecía asustada de muerte. Frank dirigió una mirada inquisitiva hacia el templo.

Luego, ascendió rápidamente la escalinata y entró.

Dentro, las tinieblas del atardecer se espesaban. De todas formas, Frank avanzó despacio hasta alcanzar el presbiterio.

No vio a nadie. Sin embargo, unos ojos malignos le vigilaban con atención y le siguieron hasta que el policía volvió a la calle.

El sátiro abandonó después el refugio de las tinieblas y alcanzó la calle.

Escrutó los alrededores, desconfiado. Cuando comprendió que no había el menor peligro, descendió la escalinata despacio y cruzó la plaza.

Su lujoso automóvil estaba aparcado en una calle próxima. Subió a él, puso el motor en marcha y con toda clase de precauciones para no atropellar a un grupo de chiquillos que pasó corriendo, se desvió de la acera y avanzó a prudente velocidad.

A poca distancia de allí, saludó con un amable gesto a dos encorvadas ancianas y siguió adelante.

Poco después se detenía en *Gobernador Gardens*. Bajó del coche y se dirigió a una cabina de teléfonos, situada bajo las ramas frondosas de un tilo.

Precauciones, siempre precauciones. El sátiro era cauto como una víbora.

Sonrió paternalmente a dos jovencitos que cruzaban, libros bajo el brazo, e introdujo unas monedas en la ranura del teléfono.

Marcó el número lentamente. Sus dedos eran tan gruesos que apenas cabían en los agujeros del dial.

Esperó.

Ya había designado al «hermano» encargado de llevar a cabo su personal venganza.

Hyaena —la Hiena— sería el elegido.

Hyaena era el director-propietario de la más importante empresa de pompas fúnebres de la ciudad: él se ocuparía de dar su merecido a Nell Smith, la petulante jovencita que le había despreciado.

A través del hilo telefónico resonaba la llamada.

—*Pompas Fúnebres Allbody*. Dígame.

—Quiero hablar con el director. Por favor. Dígale que se trata del señor Nigro —especificó.

Un momento después hablaba con Hyaena.

—Querido hermano: le cabe el privilegio de convertirse en ejecutor de la voluntad divina. Se trata de Nell Smith, dieciséis años, doscientos noventa y uno de Cannon Row...

Hasta su oído llegó la voz excitada de Hyaena. Era evidente que se sentía satisfecho e impaciente por cumplir con su «alto designio».

—¿El sábado, señor?

—El sábado a medianoche —puntualizó el Gran Comendador.

Colgó.

—*Nell Smith... Atrayente Nell Smith. El sábado será tu último día* — murmuró al tiempo de abandonar la cabina telefónica.

Un taxi se detuvo, próximo.

El taxista alzó la mano en un respetuoso ademán de saludo. Nigro sonrió beatíficamente y correspondió al saludo amablemente. Esperó un momento y cuando el taxi desapareció, caminó solemnemente hacia su coche y se alejó.

¡El sábado...!

CAPITULO 04

F

RANK MIRANDA era un hombre de corazonadas. Y lo cierto era que rara vez fallaban sus premoniciones.

No había podido olvidar el rostro transido de horror de Nell Smith. Por supuesto, ignoraba su nombre y cualquier dato relacionado con aquella guapa chiquilla.

¿Y el corpulento individuo al que había seguido hasta *Gobernador Gardens*?

Ahora conocía su identidad, pero lo más probable era que aquel hombre no tuviera la menor relación con la chica. Era imposible.

Lo que le inquietaba era el pánico que había visto impreso en el rostro de aquella joven, casi una chiquilla.

Aparte de sus famosas corazonadas, Frank Miranda poseía algo más: una memoria rigurosamente fotográfica. De una ojeada, podría afirmarse que había fotografiado a Nell. Recordaba perfectamente su atuendo: ajustados pantalones que revelaban sus perfectas y juveniles caderas, un suéter azul, pendientes, un relojito de cuya pulsera colgaba una medallita dorada.

¡La medalla! Fugazmente, Frank había distinguido la cruz azul de los donantes de sangre.

La noche era calurosa, invitaba a la vigilia. Frank no tenía ninguna prisa por irse a la cama.

Detuvo su coche en *San Alfonso Park* y caminó perezosamente hacia el motel «Hot Bossa». Penetró en el snack. Desde la próxima pista de baile llegaban los ardientes compases de una cadenciosa bossa nova.

Fue directamente al teléfono. Se sentía nostálgico. A Lucy le gustaban los lugares como «Hot Bossa», apartado de las aglomeraciones urbanas, del ruido, del incesante tráfico de vehículos. Ella era absorbente, pero tan entregada y leal para con Frank...

El teniente sentía un regusto amargo en el paladar. Lástima que Lucy...

Pero ahora era preciso ocuparse de Nell Smith. «*Veamos... el número de la Asociación Californiana de Donantes de Sangre... Aquí está. Marquémoslo.*»

—Le habla Frank Miranda, del Departamento de Policía. Necesito identificar a un miembro de su asociación...

Rápido. Una descripción minuciosa de Nell, desde el peinado

hasta el color y estilo de sus zapatos veraniegos.

—No puede ser otra que Nell Smith —respondió inmediatamente la telefonista de guardia—. Su descripción es muy buena, teniente. Aunque el aspecto de Nell es inconfundible.

—¿Puede darme su dirección?

—Anote. Doscientos noventa y uno de *Cannon Row*.

—Gracias.

Volvió aprisa al coche, y corrió hacia *Cannon Row*.

Doce y cuarto de la madrugada. Doscientos noventa y uno de *Cannon Row*, un vulgar edificio de vecindad.

Un desgredado individuo de edad indefinible le miraba con desconfianza. Tuvo que identificarse. El sujeto miraba con expresión aturrida su credencial.

—¿Se ha metido en algún lío?

—No, no... Mera cuestión de trámite. No tema. Es algo relacionado con la Asociación de Donantes de Sangre —respondió Frank para tranquilizar al padre de Nell.

—Su tía le pidió que fuera a dormir con ella a *Moronsite*. Verá, es una vieja miedosa... A Nell no le gusta ir allí, pero...

Chalet número treinta y dos de la *Urbanización Heaven View*, a... veintidós kilómetros de distancia.

Frank pensaba en Lucy, tan... maravillosa.

Y la había perdido.

—Otra de mis corazonadas —se dijo con amargura.

Él se había envanecido siempre de las certezas de sus augurios. Pero ahora deseaba equivocarse con toda su alma.

¡Si pudiera reunirse de nuevo con Lucy...! Desde luego, no la dejaría escapar por nada del mundo.

Moronsite, giro a la derecha, un paso elevado, una larga avenida flanqueada de olmos.

A ver... *Urbanización Heaven View*.

Número doscientos veinticuatro, veintiséis... Treinta. Treinta y dos.

Acababa de frenar, apenas se había extinguido el leve chirriar de los frenos... cuando estalló aquel loco alarido.

Un grito femenino, un verdadero grito de angustia.

La corazonada. Su corazonada. No se había equivocado.

Empujó la portezuela, inclinó la cabeza para no golpearse contra el marco, salió y corrió hacia el chalet, rodeado de verdes sicómoros.

No había luz. No brotaba el menor resplandor a través de puertas o ventanas.

Llegó al porche. Se detuvo. Su mano izquierda apretaba rígidamente la extraplana «Colt».

Silencio.

La puerta estaba entornada, sin rastro de violencia.

Entró.

Controlaba perfectamente su respiración, sus movimientos, incluso sus más íntimas emociones.

De repente, tropezó con algo y tuvo que apoyarse en la pared para evitar la imprevista caída.

Se inclinó, palpó el suelo...

¡Un cuerpo... humano!

Sus dedos se impregnaron de algo tibio y viscoso.

Sangre.

Torrentes de sangre, una verdadera laguna de sangre empapaba el *parquet* del suelo.

Serenidad. Hay que buscar un pañuelo, secarse los dedos. Y ahora, a ver, ¿dónde diablos está el encendedor?

Una llama azulada.

Un cuerpo de mujer. Los brazos están cercenados, casi arrancados del tronco. Se diría que... ¡sí! han sido cortados por un hacha de afiladísimo corte.

Frank tragó saliva.

En aquel instante, una leve brisa apagó el mechero.

Quiso encenderlo. Necesitaba luz. Urgentemente.

Súbitamente, el seco golpe resonó muy cerca de su cabeza.

Reculó, saltó hacia atrás...

El hacha trazó un arco plateado en la oscuridad, al reflejo de la luz que, aunque lejana, brotaba de la calle.

¡El hacha!

Acababan de golpearle a hachazos. El hacha había silbado muy próxima, casi rozándole los ondulados cabellos.

Unos ojos fosforecían malignamente en la penumbra.

La fiera estaba allí, acechaba el menor de sus movimientos. Sólo esperaba el momento preciso para descargar el golpe mortal, el definitivo.

Un solo golpe en el rostro, en la cabeza. O, quizá, en el cuello.

Ahora, Frank Miranda no podía controlar su respiración. Sentía demasiado miedo para conseguir controlar nada.

De pronto, resonó aquel grito agudísimo, más propio de fiera que de humano.

Frank oyó el silbido de la hoja del hacha y percibió el fulgurante destello metálico.

Y se dejó caer al suelo.

El acerado filo se hundió profundamente en la artística puerta de roble.

La persona que empuñaba el mango tiró desesperadamente de él para recuperar el arma, pero no lo consiguió.

Entonces, Frank asió unos finos tobillos y tiró con fuerza.
Oyó un gemido rabioso y el rumor del cuerpo al caer.
Fácilmente, Frank se incorporó y aplastó a su contrincante con el peso de su cuerpo.

Sin perder un segundo, le cacheó.

Frank murmuró una imprecación de sorpresa.

Lo que estaba tocando eran... los redondos senos de una mujer.

El asombro le inmovilizó.

A su espalda brotó una sombra.

Un aullido agudo, espeluznante.

¡La Hiena!

De pronto, algo contundente chocó contra la frente de Frank Miranda. El golpe fue tan salvaje que el policía cayó al suelo sin exhalar un leve gemido.

La Hiena rezongó algo entre dientes. De una patada, apartó despectivamente el cuerpo del policía.

Arrastraba algo de escaso peso, que recogió del suelo y se puso bajo el brazo izquierdo.

¡Nell Smith, desmayada...!

Hyaena contempló un segundo el cuerpo de la mujer que pugnaba por arrancar el hacha de la puerta de roble.

El rostro de la Hiena se alteró en una mueca salvaje.

—¿No puedes recuperar tu arma, hermana Mantis? —preguntó con un estertor sibilante.

De una patada, derribó a Mantis.

Luego, sin soltar el cuerpo desmayado de Nell Smith, arrancó fácilmente el hacha de la puerta.

Dudó un momento, con la terrible arma en la mano.

Súbitamente, el fuego del infierno prendió en sus ojos.

—Has fallado, hermana Mantis. Compréndeme, debo hacerlo —gruñó.

El hacha se abatió certeramente sobre el cuello de Mantis, cuya cabeza, separada del tronco, resbaló sobre el charco de sangre próximo y giró de forma absurda durante unos segundos,

Luego, la Hiena pasó por encima del cuerpo que se estremecía convulsivamente y salió a la calle.

* * *

Frank se sentía frustrado, rabioso, asqueado.

Le habían afeitado una porción considerable de cráneo para coserle con puntos de sutura un desgarrón de cinco centímetros en el cuero cabelludo.

Aquello le molestaba bastante. Pero lo peor eran los titulares de los periódicos de San Francisco:

«BACANAL DE SANGRE EN MORONSITE...»

«EL LOCO DEL HACHA VAGA, LIBREMENTE, AL SUR DE LA CIUDAD...»

«UN POLICIA, PUESTO FUERA DE COMBATE EN EL LUGAR DE LOS HECHOS...»

Etcétera.

Los reporteros de San Francisco se burlaban de él abiertamente. Ni siquiera tenían en cuenta que había estado a punto de morir.

Se dedicaban, con desbordada morbosidad, a describir la escena del doble crimen, las paredes salpicadas de sangre, el cuerpo despedazado de Gertrude Smith, el cadáver decapitado de la doctora Helen Conwall...

Frank se puso rígido. Y su dolor de cabeza aumentó hasta límites insoportables.

Doctora Helen Conwall. Ahí estaba la nota discordante.

La madura Helen Conwall era... rectora de la Universidad de San Francisco. Una personalidad en los medios intelectuales, una mujer famosa... involucrada en un crimen horrible.

Porque ahora Frank sabía que era precisamente la doctora Conwall la que le había golpeado a hachazos la noche anterior en el chalet de Gertrude Smith, tía de Nell.

—¿Qué hacía allí la doctora Conwall? —se preguntaba con insistencia Frank Miranda.

Pero había más preguntas.

—¿Por qué intentó asesinarme a hachazos?

Tal vez se había drogado. El paroxismo del *trip*, del «viaje», el efecto enloquecedor del ácido o la heroína, vaya usted a saber.

El hacha pertenecía a Gertrude Smith, una solterona, nervuda y corpulenta, cuyo hobby consistía en partir troncos en el patio de su casa. Pero ¿y la presencia de la respetable doctora Helen Conwall?

Nell había desaparecido. Sin dejar rastro. Su padre —un mutilado de la segunda guerra— estaba revolviendo la ciudad con el único objetivo de empapelar al teniente Frank Miranda.

Pero Frank, aparte su esparadrapo en el occipucio y su terrible jaqueca, seguía sintiéndose dueño de sí mismo.

¡Sus famosas y certeras corazonadas...!

Había acertado una vez más. Aunque de nada le había servido. Nell había sido secuestrada ante sus propias narices.

Había dormido toda la mañana.

Horribles pesadillas alteraron su descanso. Veía a Nell, desnuda, sobre una mesa... de operaciones. ¿Un quirófano?

¡Nell! Era su rostro, sus facciones juveniles, sus pómulos prominentes, su naricilla respingona, sus labios frutales, sus ojos... cerrados. Nell estaba muerta.

Unos horribles seres de color escarlata tomaban su cuerpo, la elevaban como una pluma, la llevaban... ¿adónde?

Una tétrica hilera de ataúdes, de negros féretros apoyados sobre húmedos muros.

Y luego...

Frank se había despertado. Brusca, salvajemente.

Un grito, un alarido, resonaba aún dolorosamente en su cerebro. ¿Había gritado él mismo o...?

Aún podía recordar el final.

Las sombras rojizas se habían detenido.

Pero, ¡divino consuelo!, ¿qué era aquello que humeaba con vapores verdosos?

¡Un baño de ácido!

Una pileta de reducidas dimensiones, aunque suficientes para acoger un cuerpo humano.

Una pileta rebosante de un líquido que hervía a borbotones despidiendo pestilentes vapores verde-violados.

Las manos elevaban el liviano cuerpo de Nell. Y de repente lo zambullían en el hirviente baño.

Las facciones de Nell, pobre Nell, se borran rápidamente, sus músculos se desprendían espeluznantemente del esqueleto y...

Frank tragó saliva.

—Una imaginación desbordada puede gastar bromas horribles — se auto compadeció.

¿O era algo más que mera imaginación?

La corazonada. La tozuda e incómoda corazonada.

Tenía el listín telefónico en las manos, hojeaba las páginas amarillas...

Pompas fúnebres... Carson, Goodlife, Allbody...

La «Allbody Incorporated» aparecía enmarcada en grueso trazo. Debía ser la más importante.

A las tres de la tarde —treinta y nueve grados de temperatura—, Frank Miranda estaba en las dependencias de las *Pompas Fúnebres Allbody*.

—Brilliant, inspector de servicios fúnebres —rápidamente mostró su tarjeta del *Box-Club*—. Visita de inspección.

Un atildado jovencito consultó a través de un interfono y luego le permitió la entrada al interior de las dependencias.

Ya dentro, Frank notó que sus cabellos se erizaban... ¡Allí estaba la mesa, el quirófano! Exacto, con sus patas de hierro esmaltado, la amarillenta sábana...

—¿Seguimos? —preguntaba el jovencito.

Un pasillo. Olor intenso a formol, a barniz fresco, a...

¡El almacén de cajas mortuorias!

A Frank le latían las sienes dolorosamente. Sentía en aquel momento un temor profundo, casi supersticioso.

Pero sigamos adelante. Hay que continuar. Aunque el cuerpo transpire, aunque las rodillas tiemblen y el corazón se agite convulsivamente.

En aquel momento, el atildado y esbelto jovencito le guiaba hasta una nave de regulares proporciones, en un extremo de la cual se encontraba... ¡una pileta de dos metros de longitud por uno de anchura!

Frank se acercó despacio, respirando profundamente, intentando controlar sus emociones.

Todo inútil. Sentía sus nervios tensos y su respiración agitada.

Se detuvo al borde de la pileta, incluso apoyó sus dedos sobre el borde. Y contempló, obsesionado, la amarillenta capa sebosa que se mecía ligeramente sobre la superficie líquida.

¿El cuerpo de Nell Smith, destruido por el ácido?

Chirrió los dientes, sintió la conmoción de sus entrañas.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó con voz sin matices.

El jovencito le dedicó una sonrisa almibarada.

—Usted debería saberlo, inspector —los ojos azules le vigilaban con atenta cortesía—. Es el baño de formol para lavar los cadáveres vaciados.

—Cadáveres vaciados —repitió Frank, con tono desmayado.

Pero dijo en voz alta, perentoria:

—Vacíelo. Quiero comprobar que observan las reglas de higiene indispensables.

En realidad, lo que pretendía era comprobar si bajo la sucia agua amarillenta podía encontrarse un cuerpo, un esqueleto, unos restos humanos.

Pacientemente, el jovencito escrupulosamente trajeado, llamó a un empleado, el cual se apresuró a mover el volante de una llave de paso.

En la superficie del agua se produjeron leves remolinos. Y el nivel de la pileta comenzó a descender ostensiblemente.

Cuando apenas quedaban diez centímetros de aquel líquido, Frank pudo constatar que la pileta no contenía ningún... cadáver.

Sólo que... el líquido del fondo era excesivamente denso. Un olor fuerte, indefinible, impregnaba el olfato del policía.

Finalmente, se oyó un poderoso gorgoteo. El sumidero se hizo visible. Un ancho sumidero de unos treinta centímetros de diámetro. Desproporcionadamente ancho para una piletta que apenas contenía mil seiscientos litros de agua.

—Quizá... quizá ese sumidero está previsto para recoger residuos sólidos de cierto tamaño. Como... huesos humanos —imaginó, obsesionado.

Una náusea inmensa alborotaba su estómago.

Simultáneamente, sentía el salvaje impulso de borrar a golpes la obsequiosa sonrisa del joven encargado de recepción.

O de sacar su pistola y emprenderla a tiros con todos los siniestros individuos que deambulaban por las húmedas naves.

—Autocontrol —murmuró—. Es preciso controlarse o...

Sacó una agenda y solicitó algunos datos al joven untuoso. Nombre de la empresa, del propietario, número de empleados, instalaciones, etcétera...

En realidad, lo único que le interesaba era el nombre del propietario.

Ya lo tenía: se trataba de Robert S. Hyaniss, senador por el Estado de California.

Un nombre respetabilísimo, toda una tradición en el negocio de las pompas fúnebres desde los tiempos de Sutter...

—Debo estar loco —pensó Miranda—. Sólo un demente podría imaginar al senador Hyaniss como responsable de un asesinato.

Imposible. Pero...

El jovencito le contemplaba expectante.

—Eso es todo —dijo el policía—. Informaré favorablemente.

—Gracias, señor Brilliant —la obsequiosa sonrisa del encargado conseguía despertar su malhumor, pero Frank guardó su agenda, atravesó el almacén de féretros, salió a las lujosas oficinas y se marchó.

Una duda corroía su cerebro. ¿Robert S. Hyaniss, comprometido con la Orden del Castigo Divino, aquella horda de fanáticos asesinos?

—¿Y por qué no? ¿Quién hubiera dudado de la respetabilísima señora Conwall, rectora de una Universidad? Sé que ella intentó asesinarme, antes de que uno de ellos la decapitara.

Subió a su coche y condujo apresuradamente hacia comisaría.

McBriam le aguardaba en su despacho.

—¿Qué...?

—Quiero repasar esos fragmentos calcinados del informe Jones-Brown —Frank fue directamente al grano,

McBriam sacó la carpeta, la abrió con infinito cuidado para evitar que los quemados papeles se desgajasen y se la entregó.

A ver. Hay algo en mi memoria...

¡Aquí está...!

Sí, sí, no hay duda.

—...mpuesto por treinta individuos, uno de ellos es una mujer, su nombre... len... wall —murmuró Miranda, abstraído.

...len... wall... Es decir, Helen Conwall, sin ningún género de dudas.

—¿Bien? —McBriam le observaba sin pestañear, seguro de que el teniente Miranda acababa de descubrir algo interesante.

—Helen Conwall pertenecía a la Orden, aquí está la prueba —respondió Frank, tendiéndole con cautela, los destrozados documentos.

Pero no le dijo que Robert S. Hyaniss podía estar también comprometido con la Orden. ¿Por qué...?

—Cautela. No puedo arriesgarme a dar un patinazo. Hyaniss es un hombre poderoso. Podría presionar al gobernador para que me destituyeran de mi cargo. Es mejor avanzar despacio... Ahora, es preciso vigilar al senador. Ya veremos —decidió.

Poco después abandonaba el despacho del comisario McBriam.

Llevaba un destino fijo: la lujosa residencia del senador Hyaniss en *Vaporosa Bay*.

CAPITULO 05

L

LEVABA varios días inquieto, con aquel asunto dando vueltas en su cerebro.

—Es preciso que el incinerador sea reparado. Cuanto antes —se repetía una y otra vez.

Dorkus, Helius y Bracius habían cometido un tremendo fallo en el caso de Dolly Andrews. Averiado el incinerador, aquellos tres imbéciles, no habían encontrado mejor solución que arrojar el cadáver de la chica a un vertedero de basuras.

—*Domine, non sum dignum...* —murmuró, alterado—. La policía, el escándalo, el riesgo... Debería ser más severo con Dorkus, Helius y Bracius, puesto que han colocado a la Orden en situación de inseguridad. Debería... Pero no. El momento es delicado. Pospondremos el castigo.

El maldito incinerador, ése era el problema.

Sería fácil solucionar el problema: bastaría con telefonear al administrador del club de campo y encargarle de ello. Pero...

—No es el momento de dar más pasos en falso —se dijo—. Serenidad. Debe haber otra solución.

El incinerador de basuras del club. He ahí un sencillo y práctico artilugio para borrar cualquier indicio de...

A Nell Smith habían tenido que hacerla desaparecer en un baño de ácido. Y al día siguiente, un tal Brilliant, inspector de sanidad, había metido sus narices en el negocio de Hyaena.

El asunto era peligroso, olía mal...

Tanto que él mismo se había ocupado de averiguar datos acerca de Brilliant. Con resultado inquietante: no existía ningún inspector con tal nombre en los servicios de Sanidad del Estado de California.

¿Entonces...?

Hyaena había conseguido una buena fotografía del individuo que llevaba tres días rondando su residencia de Vaporosa Bay.

—Mis guardaespaldas intentaron detener al sujeto —le había informado Hyaena—. Pero ese hombre tumbó a uno de ellos de dos golpes y consiguió huir.

La fotografía. Aquí estaba, arrugada ya por la presión de los gruesos y fuertes dedos del sátiro.

—Teniente Frank Miranda, Brigada de Homicidios —murmuró con sorda rabia.

Había que deshacerse de él, fuera como fuese.

De alguna forma, Miranda sospechaba de Hyaena. Y si detenían a este último, a pesar de su inmunidad como senador, todo se iría... *ad infernum*.

—*Horror profunditatis* —gruñó, malhumorado.

Y pensó un medio seguro para librarse de Frank Miranda sin despertar las sospechas de la policía de San Francisco.

¡Problemas, problemas, problemas...!

Primero, la avería del incinerador. Y ahora, la molesta insistencia del teniente Miranda.

El teléfono zumbó en la habitación próxima.

Pesadamente, el sátiro se elevó de su sillón y fue a atender al teléfono.

—Diga.

—Me llamo Barbra Johns y soy... era amiga de Nell Smith —dijo una temblorosa voz juvenil.

La poderosa mano apretó con fuerza el auricular.

—No entiendo... ¿A qué se refiere, hija mía? —preguntó, procurando dominar el tono de su voz.

—Escuche: Nell habló conmigo. Me habló de... sus sucias proposiciones, por llamarle de alguna forma discreta.

—Señorita Johns, usted se equivoca. Yo...

—Sé muy bien lo que estoy diciendo. Nell se sentía aterrada. Me llamó la misma tarde del día que desapareció, hace ya cuatro fechas. Hasta ahora no he querido hablar claramente a su familia o recurrir a la policía. Por supuesto, no he llamado por usted, sino por evitar el escándalo a los familiares de mi amiga. Si usted está involucrado en este puerco asunto, si tiene a Nell en su poder, es preferible que la deje ir. Si ella no aparece antes del anochecer, sépalo bien, iré a la policía. Con todas las consecuencias que ello implicaría para usted.

¡Maldita Nell Smith...! Así que se había ido de la lengua, había hablado con aquella amiguita suya llamada Barbra Johns.

Otra condenada complicación, ¡divina paciencia!

Habló apresuradamente, intentando por todos los medios serenar a la incómoda señorita Johns.

—Escuche, no se trata de lo que usted piensa. Nell Smith no tomó mis palabras en el sentido correcto. Lo único que pretendía era su ayuda para...

—No podrá convencerme, señor...

—¡Por favor, nada de nombres! Serénese, se lo ruego. En realidad, se trata de un personalísimo problema de Nell Smith. Para que pueda comprobar mi buena voluntad, mi inocencia... ¿qué diría si esta misma tarde nos entrevistásemos con usted Nell y yo?

Barbra Johns tardó en responder.

—No lo sé... No sé qué pensar. ¿Quiere decir que Nell está viva, que ha desaparecido por su voluntad...?

—¡Naturalmente! Esta misma tarde podrá comprobarlo. ¿Dónde quiere que nos entrevistemos? Escoja el lugar más concurrido, el más seguro, donde usted misma pueda sentirse a salvo. Y allí estaremos Nell y yo antes de las nueve de la noche.

—Está bien. Déjeme pensar...

—Podría ser en *San Alfonso Park*. Está lleno de niños hasta las diez de la noche. Hay policías, personas respetables, soldados...

—De acuerdo —se decidió Barbra—. En *San Alfonso Park* a las ocho y media.

—Espere. Debo hacerle una recomendación... en bien de Nell. No hable de este asunto a nadie. Nell en persona le explicará todo el asunto. A la hora convenida estaremos allí.

—Eso espero —respondió Barbra. Y colgó.

También colgó su teléfono el sátiro.

Sudaba copiosamente y sus enormes manazas temblaban.

—Al fin y al cabo, la cosa no ha salido tan mal. La chica duda aún, pero parece convencida de mis buenas intenciones... Ya veremos. De todas formas, es preciso que me asegure de que no va a ir hablando de este asunto por ahí.

Marcó rápidamente un teléfono y dio sus instrucciones a los «hermanos».

—Obrad con cautela. Es preciso que Barbra Johns se confíe. Luego... que no vuelva a ver la luz del día. *¡Ad infernum!*

* * *

Ocho treinta de la tarde en *San Alfonso Park*.

Una jovencita de largos cabellos oscuros paseaba impaciente desde el estanque de los cisnes hasta la puerta sur del parque.

Consultaba a menudo su relojito y murmuraba algo entre dientes cada vez que creía reconocer la silueta de Nell... para dejarse llevar por la desesperación al comprobar que se había equivocado.

Las nueve menos cuarto, las nueve menos diez.

Los niños corrían alocadamente a su alrededor, sus gritos de júbilo sólo servían para tensar sus nervios, para aumentar la angustia de la impaciencia que la atosigaba.

—¿Qué puedo temer? —se preguntaba—. Hay cientos, miles de personas a mi alrededor.

Cerca de allí, un policía de ronda hacía girar acompasadamente su porra.

Casi las nueve ya. Y Nell no aparecía. Tampoco el hombre que la

había citado en *San Alfonso Park*.

Las nueve de la noche.

Un chirrido de frenos la obligó a volverse de un respingo.

Junto a la puerta sur acababa de detenerse un auto-patrulla.

Dos policías de uniforme penetraron en el parque y se dirigieron directamente hacia donde ella se encontraba.

—¿Señorita Barbra Johns? —preguntó uno de ellos.

Barbra asintió, confiada. ¿Qué podía temer de los policías?

—Acompáñenos, por favor. Se trata de una amiga suya,

Nell Smith —el policía sonreía cordialmente a través de sus oscuras gafas.

—¡Nell! ¿Qué... qué le ha ocurrido? —preguntó, angustiada.

—Nada irreparable, por fortuna. Conseguimos llegar a tiempo cuando...

—¡Me lo temía! —gimió Barbra, muy agitada. ¡Ese canalla...! Pero ahora le desenmascararé, gritaré su nombre a los cuatro vientos. ¡Todos tienen que conocer el nombre de la sabandija que se oculta bajo...!

Uno de los policías la tomó por el brazo.

—Cálmese. No es preciso que grite aquí. Venga con nosotros. Tenemos a la señorita Smith en la comisaría de *Presidio Avenue*. No tema. Está sana y salva.

—Gracias a Dios —murmuró Barbra, relajando sus nervios.

—Venga con nosotros. Podrá declarar cuanto desee en comisaría —la invitó amablemente el otro agente.

Barbra se dejó llevar, confiada.

Muy cerca de allí, Nigro contemplaba la escena desde el interior de su lujoso automóvil.

Vio cómo los hombres de uniforme introducían a Barbra Johns en el automóvil policial y se frotó las manos, satisfecho.

—Jamás podrás hacer ninguna declaración, pequeña víbora —murmuró.

El auto-patrulla se alejó velozmente de *San Alfonso Park*.

Diez minutos después, Barbra se agitaba, inquieta, en el asiento trasero.

—Pero... No lo entiendo. Hemos dejado atrás *Presidio Avenue*... ¿Quieren decirme adónde nos dirigimos? —estalló.

Unos gruesos labios se distendieron, los ojos relumbraron tras los cristales de las gafas oscuras.

—A un lugar tranquilo, dónde sólo hay paz y silencio —le respondieron.

Barbra gimió entre dientes.

Aquellas gafas oscuras que ocultaban parcialmente los rostros de los policías, aquel tono hiriente, sarcástico...

Bruscamente, alzó una mano y arrebató las gafas al policía que se sentaba a su lado.

La sorpresa cortó en seco el torrente de palabras que subían ya a los labios de Barbra Johns.

Por fin, consiguió balbucear:

—Pero usted... ¡usted no es un policía! ¡Usted es...!

El hombre de uniforme puso una mano enguantada sobre sus labios.

—Discreción por encima de todo, pequeña. Y tienes razón, querida Barbra: ni nosotros somos policías ni tú tendrás tiempo de declarar nada. Porque te llevamos a un lugar donde sobran todas las palabras.

Los ojos de la chica se desorbitaron de puro pánico.

Locamente forcejeó con el robusto individuo, trató de liberarse, incluso consiguió morderle el canto de la mano.

Todo fue inútil. Un seco puñetazo se estrelló contra su mandíbula y Barbra se vio inmersa en un denso mundo de tinieblas.

El falso coche patrullero se detuvo poco después ante el Panteón de los Héroes.

Uno de los hombres de uniforme descendió, abrió la verja de entrada y volvió tras el volante.

La noche había caído ya. Al distante resplandor de un poste luminoso lejano podía distinguirse la aguja del torreón de la vieja fortaleza hispana.

El automóvil penetró en el recinto y los dos hombres descendieron.

—Abra la puerta, Scorpio —indicó el «hermano» Vipera.

Scorpio sacó del bolsillo un manojo de ganzúas y probó con tres de ellas, antes de que el cierre de seguridad quedase abierto.

Sin gran cuidado, arrastraron el cuerpo exánime de Barbra Johns hasta el interior del panteón.

Una potente lámpara eléctrica iluminó los sombríos corredores del cementerio.

A lo largo de una escalera pavimentada en negro mármol descendieron hacia la gran cripta subterránea.

Scorpio dejó caer el cuerpo de la muchacha y dirigió una ojeada a su alrededor. Poco después, su juego de ganzúas abrió el estrecho pasadizo que servía de depósito de herramientas.

Sirviéndose de una palanca, corrieron penosamente la pesadísima lápida que cubría una de las tumbas.

Scorpio, sudoroso, apoyó la palanca de hierro sobre el borde del sepulcro y señaló el cuerpo inerte de la chica.

—Ocupate de ella, hermano Vipera —indicó.

—¿Para qué? —rió su compañero—. Está muerta. Le rompiste el

cuello de un solo golpe. Vamos, no perdamos el tiempo. Sepultémosla.

La palanca descerrajó con un tétrico chirrido la tapa del féretro. Sirviéndose de la misma herramienta, Scorpio aplastó sacrílegamente los restos humanos envueltos en un sudario.

Vipera tomó el cuerpo de Barbra y lo depositó en el féretro.

La contempló un momento lascivamente y movió la cabeza, rabioso.

—Lástima que tengamos que hacer las cosas así... ¡Era una bellísima mujer...!

—No estarás pensando en...

—No tenemos tiempo. Ya conoces las instrucciones. Vamos, apresúrate. Hay que colocar la losa en su lugar y abandonar este lugar cuanto antes —respondió Vipera.

La lápida rodó lentamente sobre su marco produciendo un sordo crujido.

Cuando quedó encajada en su alojamiento, Vipera se retiró y leyó las palabras grabadas sobre la losa funeraria.

Dejó escapar una histérica carcajada y comentó:

—Espero que Barbra no pueda quejarse, allá en el infierno. Va a disfrutar como última morada de la tumba de todo un héroe de la Guerra de Secesión: el general Hamilton James.

También Scorpio rio entre dientes.

Luego devolvieron las herramientas al pasadizo y abandonaron el panteón.

* * *

Barbra dejó escapar un leve gemido.

Abrió los ojos. Pero la más densa oscuridad la rodeaba.

Quiso alzar una mano para palpar la dolorida mandíbula, pero tardó mucho tiempo en realizar tan sencillo movimiento, puesto que el lugar que ocupaba era sumamente estrecho e incómodo.

No podía respirar a pleno pulmón. Pero aquello no era lo peor: el aire olía a miasmas, a muerte...

—¡Dios mío! —murmuró, acongojada—. ¿Dónde... donde...?

Intentó recordar.

La cita, Nell...

¡Los falsos policías...! El terrible golpe en la mandíbula...

Y ahora...

—Debo serenarme, controlar la respiración, pensar... ¡razonar! —se dijo.

Pero el aire se enrarecía por momentos, su agitada respiración consumía velozmente el escaso oxígeno que aún quedaba en el oscuro

cubículo.

Algo se clavaba dolorosamente en su espalda. Un objeto, punzante, puntiagudo, que le hería de forma insoportable.

Trató de moverse, arqueó su espalda para extraer el objeto punzante.

Sus dedos palparon una forma redondeada.

¡Una calavera...!

Entonces Barbra comprendió su situación en todo su angustioso horror.

¡La habían sepultado viva en un viejo sepulcro ocupado por... otro cadáver!

Otro cadáver... Porque ella no tardaría en morir, cuando el oxígeno se terminase.

Su cerebro estalló en un paroxismo de pánico.

El grito que reventó en sus labios expresaba todo el horror del infierno.

* * *

Nick Bárdenas terminó el último sorbo de café y buscó su paquete de cigarrillos.

Registró inútilmente sus bolsillos. El paquete de cigarrillos no apareció.

Súbitamente, se golpeó la frente con un expresivo gesto.

—La última ronda en el panteón —murmuró—. Sí, encendí un cigarrillo junto a la tumba del general Hamilton James. Las cerillas se me cayeron al suelo y dejé el paquete en la cornisa...

Maldijo entre dientes.

—Tendré que ir a buscarlo. ¿Quién podría aguantar toda la noche sin fumar? —se dijo.

Tomó el grueso llavero y una potente linterna y abandonó el cuarto que le servía de cuerpo de guardia.

Atravesó la antigua abadía, cruzó la capilla y penetró en el panteón.

El chorro de luz hizo retroceder a las tinieblas. Avanzó decididamente. No sentía miedo. En realidad, se sentía orgulloso de cuidar de las viejas momias de los hombres más valientes de la historia de América.

—Ahí está el viejo Hamy —murmuró, iluminando la tumba del general.

En efecto, su paquete de «Winston» estaba aún en la cornisa de granito que presidía el sepulcro.

Se inclinaba para cogerlo, cuando se oyó aquel escalofriante

alarido.

A su pesar, Nick Bárdenas se estremeció.

—¡Hey, viejo Hamy! —gruñó—. Esto no es propio de un sesudo héroe de la Guerra de Secesión. No te agites en tu tumba. Reposa, viejo soldado, y no asustes al pobre Nick Bárdenas.

Tembloroso, guardó el paquete de cigarrillos y retrocedió.

El segundo grito llevó el temor a su corazón.

Pero, cosa rara, aquel no parecía un alarido viril, sino más bien parecía escapado de una garganta femenina.

Nick se aproximó al sepulcro y lo miró con respetuoso temor. En el borde de la losa y en la misma caja del sepulcro, podían contemplarse leves desconchones producidos por una herramienta metálica.

—Alguien se agita ahí dentro —pensó—. Y si alguien se encuentra encerrado en una tumba... alguien vivo, debe ser... en contra de su voluntad —razonó, poco seguro de sí mismo.

Finalmente se decidió. Abrió el depósito de herramientas, tomó una palanca y un pico y comenzó a remover la losa.

* * *

El timbrado del teléfono le obligó a incorporarse de un respingo.

A tientas tomó el aparato, descolgó, se lo llevó al oído.

Era el comisario McBriam. Estaba contándole una absurda historia relacionada con una chica que había sido enterrada viva en... el Panteón de los Héroes.

Extraña coincidencia. También Frank había estado soñando con criptas, pasadizos subterráneos, momias...

—La chica se llama Barbra Johns, aunque ella misma ignora su nombre. Escuche, Frank, sé que lleva varias noches sin dormir, pero hay algo que llamó mi atención... Los policías que recogieron a la señorita Johns en el Panteón aseguran que la chica repite constantemente cierta frase.

—¿Qué frase?

—*Nell Smith no acudió a la cita.*

—¿Dónde está? Me refiero a Barbra Johns.

—En la *Spanish Clinic*. Dos de mis detectives intentaron interrogarla para averiguar qué persona o personas la llevaron a aquel lugar, pero ella sólo repite esa frase de forma obsesiva.

Frank consultó su reloj. Las tres y media de la madrugada.

—¿Cuándo conseguiré dormir ocho horas de un tirón? —se lamentó mentalmente.

Pero dijo en voz alta:

—Voy hacia esa clínica. Le llamaré, en el caso de que consiga algún dato de esa chica.

—Gracias, Frank. Nos veremos mañana —respondió McBriam.

Frank bostezó ruidosamente y se puso en pie. Miró con pena el confortable lecho y entró en el baño.

Salió enseguida, encendió un cigarrillo y salió a la calle.

A las cuatro menos cuarto estaba en la *Spanish Clinic*.

Según le informó una enfermera, Barbra Johns había dormido un par de horas, después de recibir una inyección sedante. Pero en aquel momento estaba despierta de nuevo.

Cuando Miranda penetró en la habitación, pudo escuchar aquella cantinela obsesionante.

—*Nell Smith no acudió a la cita... ¿Por qué faltaste, Nell?*

Frank se aproximó al lecho.

Echó una ojeada a la ficha clínica que colgaba de la pared.

Barbra Johns, dieciocho años, estudiante...

¿Cómo una morenísima muchacha de dieciocho años podía tener los largos cabellos absolutamente blancos...?

El mismo se dio la respuesta:

—El miedo. Encaneció de puro miedo.

Se inclinó sobre la muchacha y rozó sus mejillas. Ella le vio y se agitó de un respingo.

—*¿Por qué no acudiste a la cita, Nell?*

—Nell sufrió un accidente, eso es todo —dijo Frank en un susurro tranquilizador—. Tal vez olvidó el lugar de la cita. ¿Dónde era?

—*Nell Smith no acudió a la cita... ¿por qué, Nell, por qué?* —repitió Barbra, con la vista perdida en un punto remoto.

Frank la miró con pena y movió la cabeza, apesadumbrado.

Barbra se había salvado de una muerte horrible. Pero en realidad, ¿qué era peor?

Porque ahora, el policía estaba seguro de que la bella Barbra Johns había perdido la razón.

* * *

Toda su labor de paciente vigilancia había resultado inútil.

O el senador Hyaniss era absolutamente inocente o... era suficientemente cauto como para evitar el menor falso movimiento.

Había que dirigir las pesquisas en otra dirección. Barbra Johns, por ejemplo.

Frank Miranda estaba seguro de que Barbra había sido una nueva víctima de la Orden. Su amistad con Nell Smith, su juventud, su deslumbrante belleza, parecían indicar una clara relación con la

desaparecida Nell.

Los padres de Barbra vivían en *Palisade*. Le recibieron de mala gana, pues se sentían acongojados después de la tragedia sufrida por su joven hija.

Nada pudieron aportar. Nada nuevo, la menor pista. Sabían que Barbra había concertado una cita con Nell Smith para la tarde anterior. Eso era todo.

¿Y dirigir la investigación hacia la señora Conwall?

Frank se dirigió a la Universidad. Sonrió al recordar que probablemente encontraría en el campus a la deliciosa Vanessa Morgan, que acababa de ingresar en la Universidad.

Vanessa, diecisiete años, cabellos rubios, cuerpo espigado, maduro, ojos verdes que chispeaban con destellos dorados, breves senos, cintura airosa...

Un delicioso bombón. Vanessa le acosaba constantemente, desde que se conocieran en la pequeña fiesta de cumpleaños de Lizza McBriam, hija del comisario.

—Un bocado exquisito, pero... excesivamente indigesto para un hombre de treinta y dos años, como yo —pensó.

Le gustaba Van. Sabía ponerle nervioso, hacerle sentirse inseguro, de pura atracción. Pero era apenas una niña.

Vanessa se había sentido deslumbrada ante Frank Miranda. Y había confesado abiertamente:

—Me gustaría enamorarme de un hombre como tú, Frank.

Tres días después, le había llamado por teléfono.

—Ahora estoy segura, Frank. He perdido el apetito, no me interesan los cruceros por el Pacífico, ni la barbacoa, ni las discotecas, ni nada de nada —dijo apasionadamente.

Frank se sintió nervioso.

—¿Puedo saber qué significa todo ello? —le preguntó, inquieto.

—Que me he enamorado de ti.

Frank se quedó sin saber qué responder.

Un hombre es un hombre, y cuando una jovencita como Van Morgan se le ofrece tentadoramente, ya se sabe...

Pero Frank no quería complicarse en un asunto semejante. Hubiera sido algo... indecente, inicuo, canallesco... ¿O no?

De todas formas, Frank había rehuido a aquella hermosísima chiquilla a partir de tal momento. Ella le llamaba constantemente por teléfono, insistía tercamente, pero él se resistía a dejarse llevar hacia el torbellino de pasión que significaría su affaire con Vanessa Morgan.

¿Temía por su reputación, por su seguridad profesional?

Tuvo que confesarse que no. En realidad, lo que temía era herir o desilusionar a la jovencita.

Detuvo su coche ante el campus y atravesó el verde césped.

Allí estaba Vanessa. ¡Condenada complicación! Frank había intentado pasar desapercibido, pero ella le había adivinado más que visto. Y allí estaba.

—¡Frank...! —exclamó ella—. ¡Al fin!

Jadeaba cuando llegó junto a él. Su pecho juvenil se agitaba al compás de la respiración. Sus ojos estaban encendidos y sus labios brillaban, húmedos.

Frank sintió un irrefrenable deseo de estrecharla y besarla. Naturalmente, se contuvo.

—¿Por qué? —preguntó ella con reproche. Sin necesidad de que ella especificase más, Frank comprendió que ella se refería a sus continuas evasivas

—Es mi trabajo. Van —respondió vagamente, evitando mirarla a los ojos—. Ahora mismo estoy aquí en razón de mi deber profesional.

—Ven conmigo —ella le había tomado por la mano y le arrastraba hacia un banco próximo, discretamente apartado—, Cuéntame.

Charlaron durante largo rato. Miranda aludió veladamente a la señora Helen Conwall y al asunto que investigaba.

—¡Debe ser emocionante! —exclamó ella, entusiasmada—. ¿Cómo llegarás a resolverlo, gran sabueso?

Frank encendió dos cigarrillos y le ofreció uno.

—Es difícil. Se diría que está sobre aviso, ¿sabes? En hipótesis, sólo en hipótesis, sería posible llegar hasta esos asesinos mediante la técnica del cebo.

—¿Cebo? ¿De qué se trata? —inquirió ella con gran interés.

—Tenemos policías femeninos. Jóvenes muchachas que exponen a menudo su integridad física para hacer «picar» a los criminales. Está claro que las jovencitas de gran atractivo físico juegan un papel importante en todo este asunto. Naturalmente, no pienso poner en práctica ese recurso: sería demasiado peligroso.

—Sólo en hipótesis —susurró Van—. ¿En qué lugar de esta ciudad situarías a tu camarada-cebo?

—Tal vez en las proximidades de la iglesia de Saint Joseph —respondió el policía, abstraído—. Sospecho que el cerebro de esa Orden de sádicos escoge sus víctimas entre las jovencitas que acuden al templo.

Frank miró a Vanessa con atención.

—Escucha, pequeña, no estarás pensando...

—¡No, no! Creo que soy demasiado cobarde para intentar una aventura tan peligrosa. En el fondo, sólo siento curiosidad.

—Eso está mejor —el policía se incorporó—. Ahora tengo que hacer una visita al club de profesores. Volveremos a vernos —prometió.

Pero ella le retuvo firmemente por una mano.

—¡Frank! —exclamó—. ¿Por qué no me tomas en serio?

El hombre entornó los ojos.

—Mira a tu alrededor —murmuró, reflexivo—. El campus está lleno de atractivos muchachos de tu edad. En cuanto a mí... tengo treinta y dos años. Es decir, casi el doble que tú. ¿No lo comprendes?

—Sólo entiendo una cosa... ¡Eres un reprimido, un cobarde; tienes miedo de mí! —exclamó ella de repente.

Y se alejó con un contoneo graciosísimo.

Frank aplastó el cigarrillo sobre el césped y se dirigió al edificio del club de profesores.

Era una pena. Pero no debía tomar en cuenta las palabras de aquella chiquilla.

CAPITULO 06

L

A visita a la Universidad había resultado un perfecto fracaso. Los profesores se habían sincerado un tanto con el policía: para ellos, Helen Conwall era una lesbiana. ¿Motivos? Su total introversión, su preferencia por las alumnas, sus nulas relaciones con individuos del sexo contrario.

Pero nada más.

Frank se sentía cansado y nervioso. Barbra Johns acababa de morir en su habitación de la *Spanish Clinic*. Un fallo cardíaco era la causa. Pero en el fondo, Frank estaba seguro de que *la linda muchacha había muerto de miedo*.

Cuando Frank Miranda se sentía nervioso, nada mejor que unos cuantos asaltos de boxeo en el magnífico gimnasio del *Box Club*.

A las seis de la tarde, Frank estacionó su automóvil en el aparcamiento subterráneo del club.

Saludó al conserje con un movimiento de la mano y recorrió el ancho pasillo que desembocaba en el gimnasio.

En la cabina estaba Joe Puggetti, el jefe de sparrings.

—Buenas tardes, Joe. ¿Quieres avisar a «Carbonilla» Davis? Tengo ganas de mover los puños. Tráeme a «Carbonilla». Entretanto, estaré en vestuarios.

Puggetti denegó con la cabeza.

—«Carbonilla» se accidentó esta mañana. Han tenido que hospitalizarle. Pero si no le importa, enviaré al ring a «King-Kong» Blake —advirtió.

—«King-Kong» Blake —murmuró Frank—. ¿Quién es ése?

—Un excelente semipesado. Fue el que esta misma mañana fracturó la mandíbula de «Carbonilla» Davis... a pesar del protector.

Excelente, excelente... «King-Kong» serviría perfectamente para calmarle los nervios.

—Muy bien. Avísale. Voy a cambiarme —asintió.

Penetró en los vestuarios. La hora, temprana, era la causa de que las instalaciones del club se viesen desiertas.

Se desvistió, buscó su pantalón, las botas, los guantes y el protector bucal en su taquilla y salió al gimnasio.

Un imponente individuo de casi dos metros de altura le aguardaba en el ring. Por lo demás, el gimnasio estaba vacío. Ni siquiera Puggetti permanecía en su cabina.

—Quien le llamó «King-Kong» acertó plenamente —pensó Miranda, contemplando las simiescas facciones de su *sparring partner*.

Subió al ring, murmuró un saludo a su contrincante y advirtió:

—Cinco asaltos de tres minutos con descansos de treinta segundos.

«King-Kong» asintió con lenta cabezada. Cruzaron los guantes y comenzaron a golpearse.

Alegremente, Frank colocó dos fuertes jabs al vientre de su contrincante. Inmediatamente «King-Kong» gruñó entre dientes y sus ojillos animalescos fulgieron con un relumbro de bestia.

Súbitamente, Frank se sintió atraído por los poderosos brazos. Un tremendo cabezazo le alcanzó en el pómulo derecho, que comenzó a sangrar copiosamente.

Pero «King-Kong» no le permitió reponerse. Su pierna derecha se elevó y le golpeó en los testículos. A pesar de la coquilla, Frank sintió un dolor tan intenso que un grito se escapó de su garganta.

Cayó a la lona, se retorció sobre sí mismo. Las náuseas alborotaron su estómago en violentas arcadas.

Se sintió morir de pura angustia. Boqueaba como pez fuera del agua, se atragantaba, gemía...

¿Por qué... por qué aquel gorila le había golpeado de forma tan bestial?

Lo supo inmediatamente: «King-Kong» se disponía a matarle.

Bastaba mirar aquellos ojillos de fiera para comprenderlo.

Alguien le había dicho: Mátales. Y «King-Kong» estaba dispuesto a acabar con Frank Miranda.

Una tremenda patada al vientre. Miranda aulló con todas sus fuerzas.

¡Dios santo! ¿Era posible sentir aún el dolor?

Su contrincante seguía golpeándole a puntapiés.

—Si no hago algo para impedirselo, mi abdomen reventará —pensó Frank, entre las brumas de la inconsciencia.

«King-Kong» se inclinó sobre él, le elevó con facilidad sobre su cabeza y le proyectó salvajemente fuera del ring.

Sin embargo, calculó mal el esfuerzo, porque la espalda de Frank golpeó contra las cuerdas. Cayó al suelo, aturdido, y «King-Kong» saltó sobre él.

Agarró por los cabellos al policía, le introdujo entre dos cuerdas, y apretó con fuerza.

Atrapado en la rudimentaria horca, Frank perdió el aliento inmediatamente.

Sus ojos se inyectaron en sangre, sus sienes palpitaron dolorosamente.

«King-Kong», alteradas sus facciones en una mueca bestial,

apretaba y apretaba su cuello entre las resistentes sogas.

Bruscamente, Frank notó que una roja explosión se producía en su cerebro. Sus músculos dejaron de ofrecer resistencia y su cuerpo pendió de las cuerdas, lacio.

«King-Kong» le apartó velozmente de allí, elevó el cuerpo del policía hasta el rincón más próximo y, mientras le sostenía con la mano izquierda, le golpeó salvajemente con la derecha.

Joe Pughetti llegó en aquel momento. Llevaba una cerveza en la mano y silbaba entre dientes.

Dirigió una mirada al ring y... dejó escapar una blasfemia.

—¡¡«King-Kong»!! —gritó—. *¿Te has vuelto loco? ¡Déjale, DEJALE!!*

«King-Kong» se apartó de un brinco y le miró con expresión estúpida.

Entretanto, Pughetti había subido al cuadrilátero y se inclinaba rápidamente sobre el caído.

Se volvió hacia el sparring.

—¿Qué has hecho, maldito imbécil? ¡Le has matado a puñetazos! —gritó, fuera de sí.

«King-Kong» frunció los gruesos labios en una mueca.

—No... No quise hacerlo. Estábamos peleando... En el ardor del asalto, yo... Creo que se me ha ido la mano.

—Y tanto, pedazo de bestia... ¡Mírale, ve cómo le has dejado!

Frank Miranda sangraba por los oídos, por la boca, por los ojos.

Su rostro era una masa sanguinolenta, irreconocible. La sangre empapaba su cuello y corría, abundante, sobre su pecho de atleta.

—Yo... No imaginé que...

—¡¡Vete, largo del ring, maldita sea tu alma! —gritó Pughetti, perdido el control de sus nervios.

Se inclinó sobre el caído y comenzó a practicarle la respiración artificial.

Sin embargo, pronto comprendió que su esfuerzo no tenía respuesta: el pulso del teniente Miranda había dejado de latir.

Entonces corrió locamente a su cabina y marcó un número en el teléfono. Cuando volvió junto a Frank, su tez morena se había vuelto grisácea.

* * *

Tenía en la mano derecha una gran botella de cerveza de la que, de vez en cuando, tomaba enormes tragos que le obligaban a eructar ruidosamente.

—Vaya, vaya... —gruñó, satisfecho. Y dejó el periódico sobre la mesa.

Los problemas iban solucionándose, uno tras otro.

Había conseguido anular a Barbra Johns, se había deshecho inteligentemente del teniente Frank Miranda.

—Y el incinerador del club funciona a la perfección —comentó en un susurro, al tiempo que se frotaba las manos alegremente.

Sí, había sido una excelente idea aquélla de informarse ampliamente acerca de la personalidad de Frank Miranda.

Le bastó aquel dato: Miranda era un fogoso boxeador aficionado, socio del *Box Club*, adonde acudía con relativa frecuencia.

Luego... Un sobre conteniendo mil dólares fue depositado en el buzón de Zach «King-Kong» Blake, con unas estrictas instrucciones.

Y ahora, el periódico de la mañana publicaba la noticia de la muerte accidental del teniente Miranda.

¡Perfecto, perfecto...! Como aquella deliciosa jovencita rubia que acudía cada tarde al templo de Saint Joseph.

Nigro se sentía tentado nuevamente. La belleza de aquella jovencita llamada Vanessa Morgan, ¡resultaba tan avasalladora!

Quizá esa misma tarde se aproximaría discretamente a ella, le susurraría unas palabras al oído...

¡Si al menos una de aquellas jovencitas se mostrase propicia y amable...! Por desgracia, una tras otra se habían sentido ofendidas por sus discretas proposiciones.

Ellas sentían repugnancia. *¡Repugnancia!*

Podía recordar las expresiones de otras chicas cuando él les hablaba al oído. El fruncimiento de los labios, el rictus de horror y de asco...

¡Y era aquello, aquel brutal rechazo, lo que le encrespaba hasta hacerle enloquecer...!

Era una larga carrera de crímenes, Nigro lo sabía. Pero ellas, malditas, no le habían dejado otro camino.

Vanessa Morgan, hija de un poderoso banquero... ¡Qué más daba! Nigro era el más poderoso, por encima de gobernadores y millonarios, por encima de policías y políticos.

Él era el dueño absoluto de la vida y de la muerte. Bastaba el más leve gesto suyo para que la persona señalada dejase de existir.

Los «hermanos» le eran absolutamente fieles... aunque fuese por la fuerza. Pero ¿qué podían recriminarle? La seguridad de la Orden — y de Nigro, por tanto— debía estar por encima de cualquier otra consideración.

Además... ¿no gozaban ellos intensamente con las sangrientas orgías que se celebraban en el sótano del club de campo?

Vanessa Morgan.

Nigro comenzaba a sentir obsesión hacia aquella maravillosa jovencita de cabellos rubios, cuerpo de joven diosa y ojos de

esmeraldas.

Quizá esa misma tarde...

Pero no. Era preciso controlar el instinto. Unos días más tarde, quizá. Ya vería cómo iban las cosas.

* * *

La puerta del despacho del comisario McBriam se abrió con violento ímpetu.

McBriam frunció el ceño. ¿Quién era la descarada jovencita que aparecía en la puerta, cómo se atrevía a...?

Un agente de uniforme intentó inútilmente sacarla por la fuerza del despacho. Inútilmente, porque Vanessa se desasíó con espectacular agilidad de las manos del policía y se plantó ante el comisario McBriam.

El agente quedó en la puerta, expectante.

McBriam iba a gritar. ¡*Echenla!*!, pero dejó escapar lentamente el aire contenido en sus pulmones y señaló un asiento a la muchacha.

—Síntese. Espero que sepa explicarme la causa de su brusca irrupción en mi despacho —pronunció secamente.

Vanessa estalló en sollozos.

—¡No puedo explicármelo! —gimió, oculto el rostro entre las finas manos—. Acaban de asesinar a uno de sus oficiales. ¡Porque yo sé bien que se trata de un asesinato y no de un mero accidente! Y usted está aquí, calmadamente cruzado de brazos, mirándome como a un bicho raro.

McBriam parpadeó, estupefacto.

La jovencita tenía genio, era valiente. Y parecía decididamente enamorada de Frank Miranda.

—Cálmese —recomendó—. Aún no me ha dicho su nombre. Por favor.

—Soy Vanessa Morgan. Pero a usted, ¿qué puede importarle mi nombre? Se trata de Frank, de vengar su muerte, de...

Un sollozo desgarrador interrumpió las palabras de la joven.

McBriam frunció el ceño. ¿Era humano dejarla seguir creyendo que...?

—Vamos, vamos, señorita Morgan —exclamó—. Está atormentándose innecesariamente. Frank está vivo.

—¿Cómo...? —las manos femeninas se apartaron del rostro bruscamente, sus bonitos ojos verdes destellaron esperanzados.

—No debía develar la verdad, pero tampoco podía permitir que usted siguiera en el error. Los diarios han dado la noticia de la muerte de Frank porque así conviene a las investigaciones que él está

llevando a cabo.

—¡Dios mío! ¿Es posible? Pero sí, debe ser así, porque engañarme ahora sería de una crueldad infinita. Dígame, comisario, ¿puedo verle? Estoy... Me siento tan... acongojada.

—Lo comprendo. Venga conmigo. La llevaré. Sin embargo, debe prometerme que no develará el secreto a nadie, ni siquiera a sus padres o amigos.

—Lo prometo solemnemente —respondió Van, emocionada.

Un automóvil los trasladó a las colinas de *Green Paradise*, al norte de la ciudad. Allí, discretamente oculta entre los altísimos pinos rojos de California, se encontraba la clínica donde convalecía Frank Miranda.

—En realidad, Frank ha salvado la vida milagrosamente —le confió McBriam, mientras caminaban hacia la clínica—. Un golpe al corazón paralizó la víscera, aparte de que sus pulmones habían sufrido daños gravísimos. Por fortuna, el médico del gimnasio acudió a tiempo. No se asuste si advierte que el aspecto de Frank no es el de costumbre. Lo importante es que ha salvado la vida.

Penetraron en el vestíbulo y caminaron a lo largo de un blanco pasillo. McBriam empujó una puerta y le invitó a pasar.

La mirada de Van buscó ansiosa la familiar fisonomía de Frank. Pero de sus labios escapó un gemido al contemplar aquel rostro irreconocible, monstruosamente hinchado y deformado.

—¡Dios mío, no es posible! —murmuró.

Sus rodillas se doblaron. Van cayó a tierra como alcanzada por una descarga eléctrica fulminante.

CAPITULO 07

B

RACIUS notó que un escalofrío recorría toda su epidermis.

—... *que la seguridad de esta organización se basa en la más rigurosa disciplina y en la plena obediencia...*

Bracius se encogió sobre sí mismo.

Al otro lado de la larga mesa en forma de cruz, el gran Comendador desgranaba con voz vibrante las amenazadoras palabras.

—... *que nuestros hermanos Dorkus, Heliuss y Bracius se han hecho acreedores a la amonestación y al justo castigo por su demostrada imprudencia...*

Bracius se sintió dominado por el espanto. ¿Qué nueva crueldad estaba maquinando el corpulento y siniestro Nigro?

—...*en consideración a todo ello, el consejo ha estudiado el caso y fallado la sentencia. He aquí su decisión disciplinaria...*

La sangre estaba helada en las venas del joven Bracius.

—... *que uno de los tres debe morir a manos de los otros dos.*

—¡¡No...!! —brotó el histérico alarido del «hermano» Bracius.

Nigro le contempló con lenta y fría recriminación.

—... *sólo lo decidirá la suerte. O, si lo preferís, la Providencia.*

Los nervios de Bracius estallaron en un ramalazo de protestas.

—¿Cómo puede hablarse de Providencia, de designio divino, en relación con algo que sólo puede llamarse... crimen? —gimió.

Nigro dejó caer su puño sobre la mesa con terrible violencia.

—Hermano Bracius, tu actitud no es la más apropiada. De hecho supone un desacato a la decisión del Consejo. Sin embargo, y dadas las circunstancias pasaremos por alto tu indisciplinada interrupción.

Bracius se derrengó de bruces sobre la mesa. Temblaba. ¿Cómo aceptar estúpidamente el riesgo de muerte que suponía aquel absurdo «Castigo»?

Interrumpió sus pensamientos al escuchar la temblorosa pero agresiva voz de Gordon «Dorkus» Dims.

Abrió los ojos.

Dorkus se había puesto en pie.

—¿Cómo sabremos cuál de nosotros tres ha de morir? —acababa de preguntar con voz vibrante.

Los ojos de Nigro se animaron. ¿Sonreía, quizá, bajo la máscara escarlata...?

El Gran Comendador alzó la mano y señaló al «hermano» Saurius,

el cual se alzó de la mesa y entró en la pequeña dependencia llamada «sacristía».

El silencio era absoluto, denso, agobiante.

En aquel momento, Saurius volvió al lugar de la asamblea. Portaba una bandeja dorada cubierta con un paño de terciopelo rojo, que dejó ante el Gran Comendador.

—Bajo el paño rojo, hay tres copas de plata. Dos de ellas contienen vino generoso. La tercera está llena de sangre. Ahora, acercaos... ¡Acercaos!

Los tres hermanos abandonaron sus sitios y se aproximaron a la cabecera de la mesa, que presidía el siniestro Nigro.

—Cada uno de vosotros tomará una copa sin levantar el paño de terciopelo. El que tome la que está llena de sangre, morirá.

—Pero... —murmuró el aterrado Bracius.

—*Allea jacta est* —pronunció Nigro, con indiferencia—. *¡Bebed!*

Dorkus introdujo apresuradamente su mano bajo el paño. Quizá creía que si se adelantaba tendría más posibilidades de vivir.

Helius se apresuró a imitarle. Luego, Bracius, tomó su copa con mano temblorosa.

—¡¡*BEBED!!* —rugió Nigro.

Bracius alzó la suya. El sudor empapaba todo su cuerpo y una tremenda angustia alteraba su estómago.

Llevó la copa a sus labios. Dorkus y Helius le observaban con expresión maligna.

El ácido sabor del vino rojo de California rozó los labios de Bracius que, loco de júbilo, apuró la copa de un solo trago.

—¡Vino, era vino! —exclamó, exultante de gozo, sin poder reprimir aquel grito que traducía sus fervientes deseos de vivir.

Dorkus y Helius se miraron entre sí, indecisos.

Fue el perverso Helius el primero en probar su copa. Y en cuanto la hubo catado, la apuró de un ansioso trago.

También Dorkus bebió un sorbo. Pero en cuanto hubo paladeado el espeso y tibio líquido, lo escupió violentamente, con rabia y miedo.

Todos pudieron ver la mesa manchada de rojo. Aquella mancha de sangre que sólo significaba muerte.

Bracius palideció. Un momento antes había sentido el gozo infinito de saber que continuaría viviendo. Pero ¿y ahora? La mano del destino había señalado a Dorkus, es decir, a su amigo Gordon Dims.

Y él tendría que matarle, auxiliado por Helius.

Dorkus retrocedió, lleno de pánico.

Tropezó con su propia silla y cayó de espaldas.

Un terror abyecto brillaba en sus ojos desorbitados.

En aquel momento, alguien puso un afilado estilete en la mano de

Bracius. Un arma semejante fue ofrecida a Helius.

Nigro se incorporó en su sitio dorado.

Puesto en pie, dominaba con su gigantesca estatura a toda la asamblea.

—Que se cumpla el veredicto —exclamó con voz tonante—. ¡Matadle!

Una corriente de furor homicida recorrió a todos los componentes de la Orden.

Puestos en pie, señalaron al caído Dorkus con un gesto airado del brazo.

—Matadle.

—¡Matadle!

—¡Matadle, matadle!

—¡¡MATADLE, MATADLE...!!

Las voces se convertían en gritos, los gritos en alaridos desaforados, histéricos, iracundos, preñados de violencia, de ansia homicida.

—¡¡¡MATADLE, MATADLE...!!!

Influenciado por el infernal aquelarre, Helius saltó hacia el caído con el afilado estilete firmemente empuñado en la mano.

Dorkus saltó hacia atrás y consiguió incorporarse.

—¡Detente, Max! —gimió, aterrorizado—. No puedes hacerlo. ¡Tú y yo somos amigos...!

Pero Helius le agarró por un brazo y le impulsó salvajemente contra la pared.

—Ya no cuenta la amistad —rugió en un murmullo de fiera—. Es mi vida o la tuya. Yo prefiero seguir viviendo.

Y asestó una alucinante puñalada al vientre de su amigo.

Bracius se sintió bañado en un frío sudor de muerte.

¿Qué podía hacer?

¡Él no se sentía con arrestos suficientes para clavar su puñal en el cuerpo del infeliz Gordon Dims...!

Pero los hermanos formaban corro ya alrededor de ellos. Toda la furia del Averno brillaba en sus ojos, en sus ademanes descompuestos, en su furor homicida.

—¡MATADLE, MATADLE...!

Bracius avanzó hacia Dorkus que se encogía frenéticamente en el suelo.

Lanzó un grito, cayó sobre él, estilete en mano y... fingió golpear con saña el cuerpo del caído.

Su impotencia y su horror consiguieron que la ficción resultase perfecta. Ante su fingido furor, los «hermanos» se arremolinaron, sedientos de sangre, en un estrecho círculo cuyo centro ocupaba Dorkus, sangrante.

Helius, borracho de crimen, saltó otra vez sobre Gordon y cosió su cuerpo a puñaladas.

Luego alguien le arrebató el puñal. Y otro tanto hicieron con Bracius.

Uno por uno, los «hermanos» de la Orden del Castigo Divino fueron turnándose en la sangrienta tarea.

Nigro fue el último. Con los ojos fuera de las órbitas, atenazó el estilete y fríamente degolló al caído.

Luego, poco a poco, la orgía sangrienta fue cediendo. Los ánimos se calmaron, los hermanos fueron retirándose para ocupar de nuevo sus sitios.

Allí, sobre el pavimento de mármol, quedaba el cuerpo de Gordon «Dorkus» Dims, convertido en piltrafas.

De repente, Bracius escuchó la voz de Nigro.

No era ahora una voz vibrante, sino apagada, quejosa, inicuá...

—*Orate frates...* Impetremos el divino perdón para el alma de nuestro «hermano» Dorkus, que acaba de expiar sus múltiples pecados. Recemos, humillémonos ante la omnipotencia divina...

Bracius tragó saliva. Y maldijo con toda su alma al siniestro Nigro. ¿Cabía una mayor hipocresía? ¡El, que había provocado aquella orgía de sangre, invitaba ahora a los «hermanos» a orar...!

—Tengo mi conciencia tranquila —trató Bracius de convencerse a sí mismo—. Sí, soy un cobarde. Debí defender a Gordon a costa de mi propia vida. Pero yo no soy culpable de mi cobardía.

El lejano runrún de la blasfema cantinela apenas llegaba a sus oídos.

—*Miserere nobis...*

—*Miserere nobis...*

—*Miserere nobis...*

En aquel preciso instante, Bracius decidió huir.

Debía desenmascarar a Nigro y a sus adláteres; era absolutamente necesario impedir que continuasen aquellas horribles orgías sangrientas.

Mientras los «hermanos» Tiger, Linx y Lupus recogían en una sábana los sanguinolentos restos de Gordon Dims, Bracius comenzó a esbozar su plan.

Los congregados se habían puesto en pie.

Y Nigro, una siniestra y formidable silueta roja, gruñía con voz tonante:

—Llevalle al incinerador. ¡*Ad Infernum...*!

Frank Miranda fue recuperándose lentamente.

Habían transcurrido casi veinte días cuando abandonó la clínica de *Green Paradise*.

Aparte de algunas pequeñas cicatrices en las cejas, su rostro había recuperado su expresión habitual.

Un coche policial sin distintivos le condujo hasta el distante apartamento que el comisario McBriam había alquilado para él.

A pesar de todo, Frank sentía bullir una rabia sorda en su corazón. La policía había interrogado a «King-Kong» Blake. El boxeador se había limitado a responder que todo se había debido a un accidente.

¡Un accidente!

Cabezazos en pleno rostro, patadas en los genitales, un intento casi conseguido de estrangularle entre las cuerdas. A todo aquello le llamaba «King-Kong» un accidente.

Por desgracia, no había testigos del asesinato frustrado. El único que conocía la verdad era Frank Miranda, la víctima. Y él no pensaba develar el secreto por el momento.

Durante su convalecencia, Frank había sido asistido amorosamente por Vanessa Morgan. ¡Aquella maravillosa criatura...!

Habían charlado durante muchas horas. De hecho, ella sabía ya tantas cosas sobre el caso como él mismo.

Ella le había atendido con mimo, le había prodigado caricias y palabras de consuelo. ¿Cómo podría dudarse de que se sentía profundamente enamorada de Frank Miranda?

Pero Frank era terco. Terco y tímido, a pesar de su exterior desenvuelto. Se había mostrado agradecido y cordial, pero en ningún momento le había confesado que también él la amaba apasionadamente.

¡Temía tanto que el amor que Van sentía hacia él no fuese sino un fugaz enamoramiento...!

Aquella misma mañana se acomodó en el apartamento de *Pendike Row*. Hervía en deseos de ponerse en marcha, de hacer algo, de reanudar su trabajo... Pero las instrucciones de McBriam habían sido tajantes:

—Espera en tu apartamento hasta nueva orden. No hagas nada. No salgas de casa, no te dejes ver inútilmente, no te comuniques con amigos ni familiares, no...

¿Habría dado el comisario su nueva dirección a Vanessa?

Transcurrió un día.

Frank se aburría soberanamente. Pensaba en Vanessa, ansiaba a Vanessa, necesitaba verla, oír su voz, percibir el personal aroma que exhalaban sus rubios cabellos...

Pero el teléfono no zumbó, nadie llamó a la puerta de su

apartamento.

Al tercer día recibió la llamada del comisario McBriam:

—Frank, no puedo seguir ocultándotelo: Vanessa Morgan desapareció ayer por la tarde. Toda la policía del Estado de California está buscándola desde ayer, pero lo cierto es que no hemos podido hallar el menor rastro de ella.

Hubo un paso en falso en el corazón de Frank Miranda.

—Desapareció ayer... ¿y no ha decidido informarme hasta esta noche? —pronunció fríamente.

—No sé si podrás entenderlo. Sus padres denunciaron la desaparición esta misma mañana. Ya sabes lo que son los jóvenes: se marchan por ahí en pandilla y aparecen cuando les da la gana. No quise inquietarte, esperando que se tratase de una falsa alarma. Pero así están las cosas... Por cierto, Vanessa envió a comisaría una nota dirigida a ti.

—¿Una nota dirigida a mí? —bramó al teniente, iracundo—. ¿Podría explicarme por qué no me la ha entregado?

—Me pareció que no tenía mayor importancia. Apenas unas líneas. Dice literalmente: *«Querido Frank: Hace una semana que vengo asistiendo regularmente a un oficio religioso en el templo de Saint Joseph. Una persona a la que tú conoces se acercó a mí con grandes precauciones y susurró en mi oído una proposición deshonesta. Espero averiguar algo. No temas por mí. Tuya, Vanessa»*. Reflexiona Frank: cosas como ésa ocurren a centenares cada día en nuestra ciudad. Viejos verdes que...

Pero Frank no le oía ya.

Había colgado con un ademán rabioso el auricular y se lanzaba locamente hacia la calle.

Las palabras de McBriam habían producido un estallido de fulminante luz en su mente.

Ahora todo estaba claro. Siniestramente claro.

Recordaba perfectamente los fragmentos carbonizados del informe Jones-Brown.

Y singularmente una de las frases. Aquella que decía:

...«podido identificar al Gran Comendador, al que denunció públic... endo... rker...»

¡...endo... rker!

¡Reverendo Parker, reverendo William Parker, rector de la iglesia presbiteriana de Saint Joseph...!

Se introdujo apresuradamente en el coche sin distintivos que el comisario había puesto a su servicio.

Y recordó.

Recordó brutalmente el encontronazo con Nell Smith, ¡aquella jovencita que huía aterrada del templo de Saint Joseph!

¡Qué estúpido había sido! Todo estaba claro, la solución al

alcance de su mano. Pero había estado ciego, había corrido estúpidamente tras otras pistas secundarias, cuando el actor principal del drama estaba al alcance de su mano.

Dio al contacto, arrancó. Los neumáticos del «Pontiac» dejaron marcas negruzcas sobre el pavimento.

Miró el reloj mientras conducía a velocidad suicida hacia San Alfonso Park.

Once de la noche.

Sábado.

En sábado había sido asesinada Dolly Andrews.

Y Vanessa... En poder de aquel monstruo, de aquel sátiro inmundado, de aquella bestia sin escrúpulos.

En algún lugar desconocido, inaccesible.

Un pequeño automóvil deportivo le seguía. No había dudas. A la altura de *Rainbow Street*, Frank torció a la derecha. El conductor de aquel coche hizo otro tanto. Más allá, el policía rodeó *Milagros Square*. Su perseguidor siguió milimétricamente la misma ruta.

Pero a Frank no le importaba que alguien le siguiera. Su meta era la iglesia de *Saint Joseph*.

Frenó bruscamente en la placita, a la altura del atrio del templo, en el mismo lugar en el que Nell Smith había chocado con él.

El templo estaba cerrado.

Calma, es preciso reflexionar, aprovechar cada segundo, llevar a cabo cada movimiento con precisión.

Corrió hacia el callejón lateral. Allí se encontraba la entrada privada a la vivienda del reverendo William Parker.

La puerta estaba cerrada. Frank sacó su «Colt» y disparó tres veces sobre la cerradura. Un empujón en el hombro y la puerta golpeó fuertemente contra el muro interior.

Apresuradamente recorrió un pasillo, registró pieza por pieza. Inútilmente. La casa estaba vacía.

¿Y ahora...?

Volvió a la placita.

El «Mercedes» estaba aparcado a veinte metros de distancia. Frank se dirigió directamente hacia el coche deportivo.

Dirigió una rápida ojeada al interior. Un joven de unos veinticinco años, elegantemente vestido, le miró a su vez.

El policía abrió la portezuela de un tirón, tomó al joven por un brazo y le hizo salir de un violento empujón.

—Aprisa, muchacho. Explícate, dame una razón convincente para justificar por qué me has venido siguiendo —murmuró sordamente.

La camisa de seda se desgajó entre las manos de Frank, tan rudo fue su zarpazo.

El muchacho le miraba pálido, balbuceaba algo ininteligible entre

dientes.

—¡Habla de una vez, habla, maldito! —gritaba Frank, sin dejar de zarandearle con violencia.

—Que... quería hablarle... Tengo algo que...

Frank le soltó y el joven chocó violentamente contra su propio automóvil.

Aquellas facciones...

Súbitamente, Frank reconoció al joven.

—James Van Wooren, ¿no es cierto? —exclamó.

—Sí. Mi padre es Arthur Van Wooren, dueño de las Van Wooren Industries. Pero eso no importa ahora —murmuró Bracius, respirando agitadamente—. Yo quiero hablarle de... la Orden del Castigo Divino. Es preciso que me escuche. ¡Ahora mismo! Se lo ruego...

Frank entornó los ojos, lleno de estupefacción.

—Adelante —invitó. Y se dispuso a escuchar.

CAPITULO 08

E

SCUCHE, todo era una broma —murmuró Vanessa, inquieta. El reverendo Parker acababa de cerrar las puertas del templo y volvió con lentos y pesados pasos hacia ella.

—¿He oído bien?

—Verá, yo... No hice otra cosa que seguirle la corriente —Van retrocedió entre dos bancos. ¡Dios santo, qué corpulento era aquel individuo, su voluminosidad física causaba espanto en la soledad del templo!—. Me... divertía el hecho de... ser abordada por un... respetable clérigo. Pero ahora...

William «Nigro» Parker contemplaba a Vanessa Morgan como una monstruosa araña a un diminuto díptero.

—Vamos, vamos. Van. Tú dijiste «sí», recuérdalo. La primera vez que recibo una respuesta afirmativa de una joven tan bella y deseable como tú. Me hace una tremenda ilusión... ¡Fue tan hermoso oírte pronunciar sí! No irás a volverte atrás ahora, ¿verdad? ¡Mírame! Soy un hombre fuerte, limpio, cuidadoso de su aspecto personal...

La espalda de Vanessa golpeó contra la dura arcada de granito del muro.

—Lo... lo siento. De veras, yo no podría...

—¡Vanessa! —gruñó Nigro—. Reflexiona. Esto no es serio. Yo me había hecho ilusiones respecto a ti. Y tus palabras de ahora son como... un jarro de agua fría.

Nigro llegó junto a ella. Las enormes manazas tomaron los finos hombros de la muchacha y los gruesos dedos buscaron lascivamente los punzantes y juveniles senos.

Vanessa sintió revolverse todo su ser ante aquel contacto.

—Déjeme... ¡déjeme!! —gritó, descompuesta—. Usted, reverendo... ¡me da asco!

El reverendo Parker apartó súbitamente sus manos y se retiró dos pasos.

Vanessa Morgan acababa de pronunciar las terribles palabras... «Usted, reverendo, me da asco».

Siempre la misma frase despectiva, siempre la burla, el rechazo, la repugnancia...

La ira se encendió en el pecho del hombre.

—¡AD INFERNUM...! —resonó su histérico alarido bajo las bóvedas del templo.

Sobrecogida de espanto. Van huyó hacia la cancela.

Bastaba recorrer el gran cerrojo para tener la vía libre, la seguridad, la libertad...

Pero el cerrojo era grueso, largo, muy pesado. Van tiró con todas sus fuerzas, a pesar de lo cual apenas consiguió recorrerlo unos cuantos centímetros.

¡Y el sátiro se acercaba...!

Van aferró el cerrojo con redoblado ímpetu. Tiró desesperadamente...

En aquel momento, un manojo de flexibles sierpes de cuero cayó sobre su espalda.

Un agudísimo chillido de dolor escapó de sus labios. Cayó a tierra, dominada por el lacerante dolor de los latigazos.

—Probarás el sabor de mis «disciplinas» —barbotó Nigro, babeante—. Te arrastrarás a mis pies, suplicarás que te tome en mis brazos, implorarás con toda tu alma...

Sus ojos relumbraban en la oscuridad con la fosforescencia propia de una bestia noctívaga.

Van quiso sobreponerse al dolor, escapar al castigo, huir...

Pero las finas trallas le alcanzaron el rostro de refilón y un ramalazo de candente suplicio recorrió su piel.

Cayó de bruces sobre el frío pavimento. Sollozó entre dientes.

Ahora se sentía dominada por el pánico. Era evidente que aquella bestia humana la mataría a latigazos, si ella no consentía en satisfacer sus lúbricos deseos.

Era necesario aplacar a la fiera. Después...

—Está bien —gimió—. Haré... haré lo que usted quiera.

El látigo se detuvo en alto. La bestia se sentía perpleja. ¿Una posibilidad aún de satisfacer su egolatría?

De pronto. Van se incorporó, aferró sus tobillos y tiró con todas sus fuerzas.

Nigro cayó al suelo pesadamente. Sus huesos, no demasiado elásticos ya, crujieron al chocar contra el durísimo mármol.

—Maldita, maldita... —murmuró sordamente.

Se incorporó pesadamente. ¡Su brazo izquierdo...! Apenas podía moverlo: probablemente se habría fracturado en la caída.

No importaba. Nigro era fuerte, musculoso, casi un titán. Le bastaría con el brazo derecho para cazar a la escurridiza corza.

Vanessa saltaba sobre los bancos del templo, gritando a pleno pulmón su pánico.

Los bancos iban cayendo uno tras otro. Nigro tropezaba constantemente, se hería las espinillas, blasfemaba con toda la ira del infierno...

Luego, al pie del púlpito. Van tropezó y cayó cuan larga era.

Nigro corrió, jadeante, hacia ella.

Y la muchacha se puso en pie, sollozante. ¡Todavía podía escapar...!

Pero la tralla de cuero la alcanzó en la espalda y el agudo dolor recorrió las fibras más íntimas de su ser, paralizándola.

Nigro gruñía entre dientes como una fiera.

Sus manos se mancharon de la sangre que brotaba de los gruesos verdugones provocados por los latigazos.

Una rápida vuelta con la correa al cuello de la joven. Y tiró violentamente hacia sí.

Van creyó morir. Sus ojos se nublaron, las rodillas se doblaron.

—Va... a estrangularme —pensó.

No conocía bien a Nigro. Matarla ahora, eliminarla de un solo brutal apretón... sería demasiado fácil.

—No temas —su pestilente aliento rozó las mejillas de Vanessa—. No temas, pequeña. No vas a morir... aún. Es preciso que recuerdes cada una de tus palabras insultantes. Es necesario que sufras en tu cuerpo y en tu alma todo el horror del infierno. Antes de morir comprenderás que nadie puede ofender impunemente a William «Nigro» Parker.

Van cerró los ojos. El dogal cedió un poco. Respiró con ansiedad, atropelladamente, al borde de la asfixia.

En aquel momento comprendió que había ido demasiado lejos. Pero ya no era posible rectificar.

En aquel momento pensó en Frank Miranda. Y un soplo de esperanza se inflamó en su pecho.

* * *

—¿Dónde, dónde, DONDE...? —gritó el teniente Miranda.

—El sótano del «Horse Country Club», a unos doce kilómetros por la carretera sur. Una desviación a la izquierda —respondió Jim «Bracius» Van Wooren.

¡El elegante «Horse Country Club», lugar de reunión de la alta sociedad de San Francisco...!

Frank había considerado a aquella sociedad como el lugar donde los millonarios californianos sacudían indolentemente su tedio, apostándose unos millares de dólares a las carreras... ¡Y he aquí que las costosas instalaciones servían como punto de reunión de un puñado de sádicos asesinos, de perturbados mentales, de sujetos aquejados de aberraciones psico-sexuales...!

Las mandíbulas de Frank se apretaron hasta que cada uno de sus músculos faciales se destacó en relieve. Su rostro semejava una

máscara de piedra: la máscara de la ira.

—Vamos, Jim. Esfuérzate. Tú debes conocerlos. Son personas de tu misma condición social. Has debido captar algún ademán revelador, el tono de sus voces, algo que nos dé una pista —insinuó.

Bracius tembló.

—Lo siento. Sólo conocía a Dorkus. Es decir a Gordon Dims, hijo del general Cameron Dims, un héroe de la segunda guerra mundial —respondió.

Frank se decidió.

—Está bien. Vamos allá. Y pide ardientemente al Altísimo para que a Vanessa no le haya ocurrido algo irreparable. Porque en caso contrario...

Introdujo al joven en su propio automóvil, más veloz. Y se dejó caer tras el volante.

Un momento después el coche partía como un bólido hacia el sur.

A las doce menos cinco de la noche, el automóvil deportivo penetraba en el camino privado que conducía al «Horse Country Club».

—¿Por dónde, por dónde se entra? —la impaciencia consumía al delgado Frank Miranda.

—Hay una caseta de jardinero en el jardín. Todos tenemos una llave. En el piso de la caseta hay una trampilla: desde allí se descende hasta el sótano. Hay una pieza absolutamente oscura que sirve de vestuario. Está absolutamente prohibido encender luz, ni siquiera un fósforo o un mechero. Cada taquilla tiene un número en relieve. El mío es el treinta y uno, al final de la hilera de la derecha. Allí está mi túnica escarlata. En la asamblea, sólo podemos identificarnos por nuestro nombre, bordado en oro sobre el pecho.

Frank apagó los faros del automóvil y siguió conduciendo hacia el edificio del club.

De repente, las ruedas delanteras se precipitaron al vacío. ¿Qué diablos ocurría?

En la oscuridad, Frank no había podido distinguir el terraplén. En el fondo se encontraba el enorme depósito de gas propano que alimentaba los servicios del club.

Acababa de oírse un sonoro crujido. El motor del coche se caló. En medio del silencio, un silbido siniestro llegó hasta los oídos de los dos hombres.

Frank sacó el mechero. Pero Jim «Bracius» Van Wooren le detuvo con un ademán perentorio.

—¡No lo encienda! Hemos debido chocar contra la espita del depósito de propano y el gas se está escapando. Si enciende el mechero, volaremos en mil pedazos.

Un sudor frío perló la frente del policía.

—Está bien. Guíame hacia la caseta —indicó.

Abandonaron el automóvil. Detrás de ellos se oía el silbido potente del gas escapando del gran depósito de propano.

Saltaron por encima de un seto, avanzaron en la oscuridad. Jim le detuvo por un brazo.

—Esta es la llave. Tenga cuidado —murmuró, aterrado.

—De acuerdo. Vete ahora.

—Pero...

—Has contraído una responsabilidad criminal, Jim. Y tendrás que ser juzgado. Sin embargo, haré todo lo posible para que la justicia sea lo más leve posible para ti. Vete. Aléjate.

—Gracias, teniente —murmuró el joven. Y desapareció entre las tinieblas que invadían el jardín.

Frank introdujo la llave en la cerradura de la caseta. Sentía miedo, ¿cómo ocultarlo? Pero la angustia que sentía por la suerte de Vanessa le impulsó a seguir adelante sin titubear.

Dentro de la caseta, encendió el mechero. Abajo estaba la trampilla. La alzó y descendió por una escalera de hormigón tenuemente iluminada.

Allí estaba la ancha puerta pintada de rojo. «VESTUARIOS».

Empujó la puerta batiente. Una siniestra oscuridad le invadió.

Avanzó despacio. El olor a incienso quemado llegó claramente a su olfato.

Treinta, ¡treinta y uno! Abrió la estrecha puerta y palpó en su interior. ¡Allí estaba la túnica!

Se la puso, buscó el puntiagudo capuchón. Por fortuna,

Jim Van Wooren y él eran de estatura semejante, aunque el muchacho fuera más delgado aún que él.

Dudó un segundo. Al fondo estaba la puerta que llevaba directamente al lugar de la asamblea.

La empujó.

Durante un segundo vaciló aún. Treinta encapuchados se volvieron hacia él, le escrutaron con ojos brillantes.

Jim le había explicado la técnica de las «amonestaciones» que sufrían las víctimas de la Orden del Castigo Divino.

Es decir: amonestación igual a... violación.

Los dientes de Frank Miranda chirriaron... ¡Malditos vampiros, si uno solo de ellos se hubiera atrevido a poner sus manos sobre Vanessa!

Le sorprendió el monocorde runrún que brotaba bajo las capuchas de los hermanos... ¡Oraban para implorar el divino soplo de la inspiración!

Avanzó con paso lento, ocupó el lugar que Jim le había indicado. Bajo la holgada túnica, Frank apretaba convulso la pistola «Colt»

calibre cuarenta y cinco.

Alzó la mirada hacia el corpulento individuo que presidía la asamblea. Y Nigro le miró con fijeza.

—Hermano Bracius —pronunció la gruesa voz del reverendo Parker—. El Consejo ha observado cierta indecisión en ti. En razón de ello, hemos pasado por alto el turno rotatorio. Para que afiances tu fe, para que adquieras la seguridad que te falta, hemos decidido que te conviertas en brazo ejecutor del Castigo Divino en la persona de Vanessa Morgan, la cual...

Bajo la espesa túnica, Frank sudaba copiosamente. Recordaba a Lucky McKroy, a Dolly Andrews, a Nell Smith, a Barbra Johns y, sobre todo, a Vanessa.

—Serás el primero en amonestarla. Es un privilegio que rara vez gozan los hermanos recién iniciados. Tras las sucesivas amonestaciones, tú te encargarás de ejecutar la pena en la persona de Vanessa Morgan —pronunció el gran Comendador.

¡Divina Providencia! Según podía deducir, a Vanessa nadie la había «amonestado» aún.

—Ve —ordenó Nigro con voz tonante.

Frank se puso en pie y avanzó despacio hacia la velada puerta de la celda.

Apartó los rojos cortinajes, descorrió el cierre de acero y entró.

Demacrada, horripilada, Vanessa Morgan dejó escapar un alarido de espanto al ver penetrar al hombre cubierto por la roja túnica.

CAPITULO 09

E

L agudísimo chillido traspasó dolorosamente el cerebro de Frank Miranda.

Ella se cubría el rostro con las manos crispadas, intentando escapar al horror.

—Vamos, pequeña, cálmate —susurró él. Y echó hacia atrás la capucha.

Vanessa quedó en suspenso, como si la vida hubiera huido de ella.

—¡Frank...! —gimió débilmente.

Sus rodillas se doblaron. Cayó al suelo y quedó inmóvil.

Frank corrió hacia ella.

Van, palidísima, había perdido el sentido.

¡Maldita complicación! Que venía a unirse a una espeluznante realidad: no podría sacar de allí a Vanessa sin cruzar por el centro del «cónclave».

Se inclinó sobre la mujer, golpeó levemente sus mejillas, la zarandeó por los hombros.

Vanessa abrió los ojos y tornó a cerrarlos. ¿Trataba desesperadamente de huir a la realidad?

—Por amor de Dios, Vanessa: ahora es decisivo que consigamos dominar nuestras sensaciones. Vamos, vuelve en ti.

Ella entornó los ojos y le miró fijamente.

—¡Es cierto, cierto! —gimió—. ¡Eres tú, en verdad, Frank, querido Frank!

—Soy yo, claro está. Pero nos encontramos en un tremendo aprieto. No podemos escapar de aquí. Tendremos que abrirnos paso a punta de pistola. Pero... ¡temo tanto por ti! Esos sádicos son muchos, demasiados. Probablemente están armados y... nosotros sólo somos dos.

Vanessa le miró con expresión de desvarío.

—El... entró en esta celda hace... media hora. No llegó a tocarme. Dijo que antes de que yo cayese en sus manos, pasaría por... las de todos los «hermanos». Entró... ¡ahí! Creo que... es un cuarto de baño. Está disimulado tras ese muro acolchado —balbuceó, al borde de su resistencia psíquica.

Frank corrió hacia allí. Tanteó el acolchado, palpó aquí y allá. Y vio el pequeño botoncito en el centro de un rombo.

Lo pulsó y... una estrecha sección del muro se abrió. De una

ojeada, lo vio: un moderno y limpiísimo cuarto de baño. Una ventanilla elevada.

Sin detenerse a pensar, Frank saltó sobre el baño, palpó la fuerte tela metálica que cubría el respiradero.

¿Cómo romperla, abrirse paso?

Tiró del pesado lavabo de acero cromado. Un tirón más, ya empezaba a ceder.

Desde la puerta, Vanessa le contemplaba con expresión de profunda desesperación.

—¡Ayúdame! —gruñó él, jadeante.

Vanessa apenas tenía fuerzas, pero un momento después unía sus esfuerzos a los de su compañero.

Sudaban. Gruesos hilos de ardiente sudor corrían por sus rostros; sus respiraciones se unían en un común jadeo estertoroso.

De pronto, el pesado lavabo se desgajó de las tuberías metálicas y ambos cayeron violentamente hacia atrás.

No importaba. Al diablo los codos desgarrados, al diablo todo. Había que escapar: era lo único importante.

¡Arriba, arriba! De pie sobre el baño. Hay que elevar el lavabo, golpear la resistente tela metálica.

Frank se desollaba los dedos. La sangre, tibia, empapaba sus manos, el lavabo resbalaba...

¡Golpear, golpear...! La tela metálica se abombaba, el marco metálico crujía a cada golpe.

Y luego, de repente, el marco se desgajó.

Frank dejó caer el lavabo y empujó el marco metálico para dejar libre la angosta salida.

—Ven. Sube. No perdamos tiempo —susurró él.

La chaqueta convertida en jirones, los brazos arañados, la faz cubierta de su propia sangre.

¡Aprisa, aprisa!

Frank tomó a Van con cuidado, la elevó por la cintura, impulsó su leve cuerpo hacia las alturas.

¡Dios santo, qué pantorrillas tan finas, qué tacto de seda en la bronceada piel femenina!

—Soy un loco —pensó—, ¡ahora se me ocurre pensar en eso...!

Vanessa había pasado fácilmente por la angosta ventanilla. Ahora le tocaba a él.

Afianzó sus manos en el marco, tensó los brazos, se impulsó... ¡Condenada estrechez! Sus largos brazos golpeaban en el muro, apenas pasaban sus hombros.

Sudaba a raudales. Sudor y sangre se mezclaban en extraña amalgama. Pero ahora ya, el tronco fuera, un último esfuerzo, los pies se afianzaban en el muro alicatado, resbalaban...

Y... ¡fuera!

La densa oscuridad les envolvió.

—¡Vamos, vamos! ¡Corre, no te detengas, huye!

—Pero tú...

—¡Voy detrás de ti! Por favor...

Tropezaron contra un corto pretil de piedra, cayeron. Vanessa gimió entre dientes, Frank ahogó una maldición entre sus labios...

Y ahora...

—¡Sigue, sigue adelante! —susurraba Frank—. ¡Hacia las colinas del campo de golf! La carretera está al otro lado.

Corrían, corrían. Asfixiados, torpes, sin respiración, sangrantes. .. Pero corrían hacia la libertad, lejos del horror...

* * *

Nigro se retorció las manos, impaciente.

¿Por qué tardaba tanto el «hermano» Bracius? ¿Era preciso tanto tiempo para...? El deseo le atormentaba. En realidad, prefería que todos los hermanos pasasen a «amonestar» a la víctima antes de que él, ya absolutamente obseso, decidiese tomarse la revancha.

Pero Bracius... ¿por qué se demoraba tanto aquel pequeño imbécil?

El nerviosismo le impedía concentrarse en la oración. Alrededor de él, los hermanos seguían con la monótona cantinela.

—*Sed libera nos a malo...*

Bruscamente se puso en pie.

—¡Hermano Licathropus! —gritó—. ¡Ve a llamar al orden al hermano Bracius!

Licathropus se apresuró a levantarse y a marchar hacia la celda.

Un momento después volvía.

—¡Han... escapado! —murmuró, aterrado.

Bajo la máscara, el reverendo Parker palideció.

Y enseguida comprendió el alcance de la situación.

—Alguien nos ha traicionado, hermanos. Antes de que sea demasiado tarde... ¡huyamos! —gritó.

Y fue el primero en dirigirse atropelladamente hacia la salida.

No se molestaban en desprenderse de sus rojas túnicas. Las hipócritas preces habían sido cortadas en seco y las maldiciones entrecortadas brotaban de todos los labios.

Empujándose, renegando, golpeándose a codazos, los «hermanos» huían locamente, buscando la salida.

A cuatrocientos metros del edificio del «Horse Country Club», Van y Frank se detuvieron, extenuados. Desde la cima de la colina se volvieron y advirtieron que abajo se encendían varios focos potentes.

Una treintena de encapuchados galopaba locamente hacia el aparcamiento.

Se apelotonaban, tropezaban, peleaban por subir a sus lujosos coches, caían al suelo, se incorporaban dominados por el pánico.

Nigro fue uno de los primeros en alcanzar su lujoso sedán «Jaguar», que se encontraba estacionado muy cerca del gigantesco depósito de gas propano.

¡Huir, huir, poner a salvo el maldito pellejo!

Nigro dio al contacto. Y aceleró a fondo.

La ignición electrónica del motor arrojó ardientes gases por el tubo de escape.

Un ligero haz de chispas...

Y de repente...

El gas propano que llevaba más de media hora derramándose a ras del suelo se inflamó.

Una enorme llamarada barrió la zona de aparcamiento en setenta metros a la redonda.

Nigro maldijo soezmente cuando la llamarada penetró voraz a través de las portezuelas de su coche.

Sin embargo, todavía tuvo presencia de ánimo suficiente para acelerar locamente, intentando escapar al ígneo apocalipsis que acababa de desatarse.

En aquel momento estalló el gran depósito de gas.

Una horrrisona detonación, una lengua de fuego se expandió por encima de las instalaciones del club.

El jardín, los edificios, las cuadras, todo ardía envuelto en una espeluznante bola de fuego.

Desde lo alto de la colina, Frank y Vanessa contemplaban demudados el infierno de fuego desatado en la llanura.

Vieron cómo los diablos rojos corrían envueltos en llamas, cómo caían y se retorcían.

También pudieron oír sus escalofrantes aullidos de ultratumba.

El fuego purificador calcinó toda la zona en un radio de doscientos metros.

Media hora después, todo había terminado.

Cuando las unidades de bomberos llegaron al lugar, los esqueletos calcinados se habían deshecho en chorros de chispas, en leves volutas de ceniza candente...

Frank Miranda apartó con un ademán desmayado la ficha clínica de William Parker.

No valía la pena ahondar en el cieno.

¿Valía la pena ahora recordar que el reverendo William Parker había sido un valiente oficial de la Segunda Guerra Mundial, que había sufrido la amputación de los genitales provocada por la metralla, que se había convertido en un fanático obseso sexual...?

McBriam y él habían decidido de mutuo acuerdo, tras una consulta al fiscal general, cerrar el caso.

Jamás conocerían la personalidad de los restantes miembros de la Orden del Divino Castigo... puesto que todos habían desaparecido materialmente de la faz de la tierra.

Apenas se tenía la seguridad de que, además de Parker, el senador Hyaniss y la señora Conwall, habían pertenecido a la Orden. Los otros...

—Los familiares callarán para evitar el escándalo —había dicho McBriam— Y a fin de cuentas, ellos no son responsables de los crímenes que cometieron sus locos parientes.

William «Nigro» Parker no se había preocupado de llevar personalmente un fichero de los «hermanos» miembros de la Orden. Una medida muy prudente, desde luego.

En cuanto a Jim «Bracius» Van Wooren...

Jim había sido interrogado durante setenta y dos horas por expertos policías, empeñados en buscar datos suficientes para inculpar a posibles culpables.

Pero el «hermano» Bracius sufrió un terrible ataque de nervios en la comisaría y hubo de ser internado en una clínica psiquiátrica.

El horror se alejaba, las fuerzas del Mal habían sufrido un duro quebranto...

Frank estaba seguro de que el hecho de que la Orden hubiera sido aniquilada por completo, no significaba necesariamente que en el futuro no volviera a germinar la semilla del horror en una ciudad tan populosa como San Francisco.

Pero para entonces...

Ahora sólo había que tener en cuenta el presente.

Por ejemplo, el sol brillante que inundaba la bahía.

La leve y fresca brisa que rizaba la superficie del mar.

El reflejo dorado de los largos y sedosos cabellos de Vanessa, tendida sobre la cubierta de proa.

Su piel dorada, el aroma de su cuerpo joven, pleno de lozanía y de frescura.

Su rostro delicado, aún marcado por leves cicatrices de latigazos...

Sin poderlo evitar, Frank se sintió embargado por la ternura.

Avanzó despacio por la borda del yate *My Hope*, contuvo la respiración, ascendió silencioso a la proa y... besó suavemente los húmedos labios de Vanessa.

¡Dios santo, qué suavidad, qué aroma, qué fresca sensación...!

—Frank —susurró ella.

—¿Sí?

—Al fin... Mío. ¡Eres mío!

—¿Y tú?

—Tuya, absolutamente tuya —murmuró ella, fogosa.

Volvió a besarla.

—Ahora... jamás volveré a separarme de ti. Ni un solo milímetro —prometió él con voz ronca.

En aquel momento, una ola golpeó a babor el *My Hope*.

La bordada fue tan violenta, que Frank perdió el equilibrio y cayó al mar.

Cuando su cabeza emergió por encima del agua espumosa, Frank pudo escuchar la cantarina carcajada de Van.

—¿Jamás, jamás, Frank? —rio ella.

F I N

BIBLIOTECA RAPIDA

TITULOS PUBLICADOS:

APASIONANTES
TEMAS
PARA EL
MUNDO
DE HOY

LA REENCARNACION.
LUTERO
LA NIGROMANCIA.
DRACULA.
BRUJOS E ILUMINADOS.
EN TRANCE.
LAS HUELLAS DE
LA MALDICION
HISTORIA DE LA C.I.A.
LA PENA DE MUERTE.
VAMPIRISMO.
FUEGO PURIFICADOR.
VISITAS COSMICAS.

EROTISMO EN
LA MITOLOGIA.
LA DEMENCIA INCIPIENTE.
LUZ Y TINIEBLAS.
EL JUICIO FINAL.
VUDU. SANTERIA
MACUMBA.
VISION MEDIUMNICA.
EL F.B.I.
HOMOSEXUALES
Y LESBIANAS.
EL HORROR NAZI.
LA HONORABLE TRATA.
LOS TEMPLARIOS.
EL AÑO 2001.

Pídalos en su kiosko habitual 

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street
Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. 30 PTS.

Notas

[←1]

¿Lo hiciste?

[←2]

¡Al infierno!